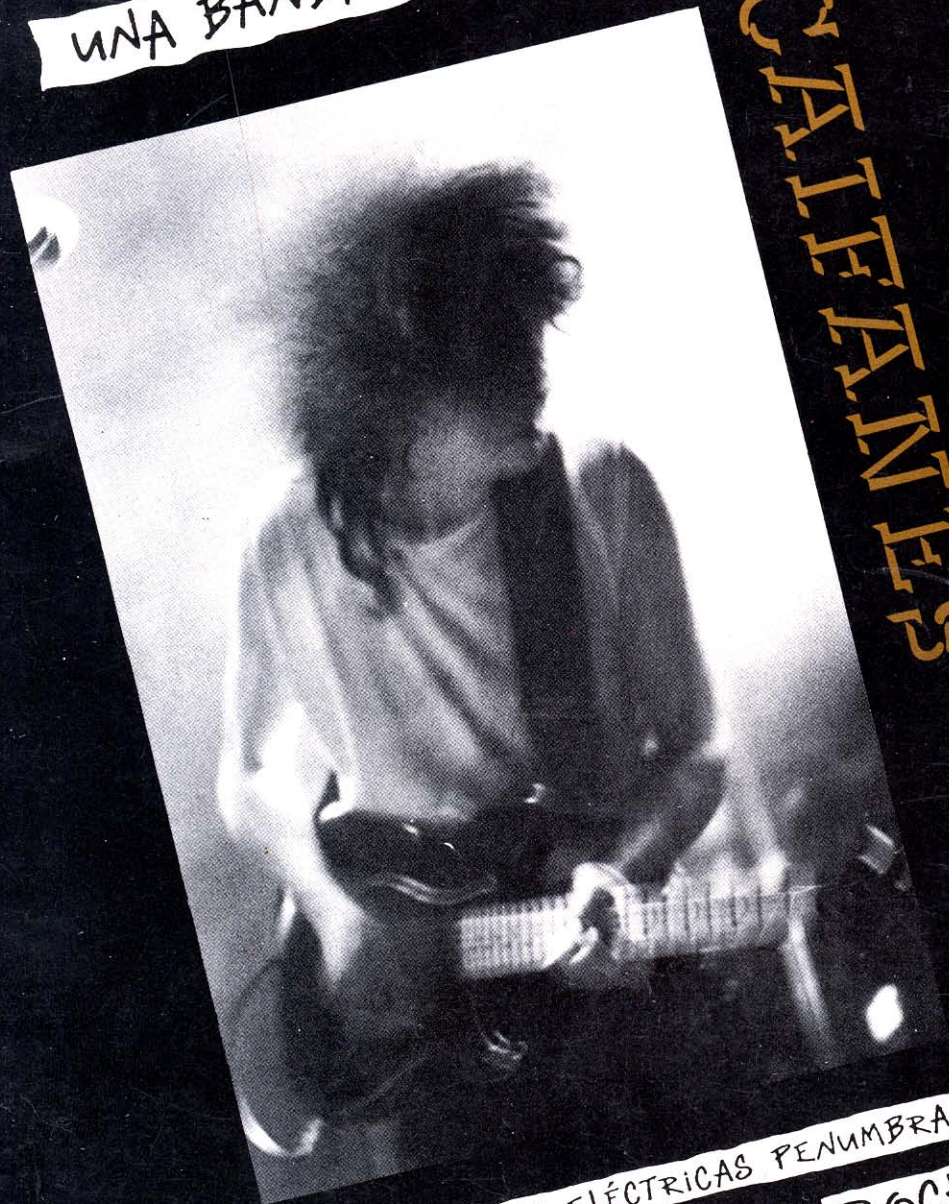


XAVIER VELASCO

UNA BANDA NOMBRADA

CHIFFAINES



DE LAS ELÉCTRICAS PENUMBRAS

DEL ROCK

COLECCIÓN:

Por las eléctricas penumbras del rock

Una banda nombrada Caifanes
Xavier Velasco

*A los delincuentes,
a los ángeles caídos,
a la banda de corazones solitarios
donde quiera que se oculten con todo y sus secretos.*

INTRO

*Sólo podemos optar por seguir en la carretera
y asegurarnos muy bien de que la carretera
no vaya a ninguna parte. Esto: no ir a ninguna
parte mientras aceleras, chupar tres cervezas,
entrar a la noche, recorrer sus entrañas,
la uretra de la noche, esto es el rocanrol.*

Dónde comienzo. En una de las sillas del antro a la mitad de octubre del ochentaisiete, cuatro monos recién llegaron al escenario a derramar sus brumas. Uno de ellos canta la historia descoyuntada de un ser indefenso al que han amarrado a una plancha para poder castigarlo con la mustia, falsérrima terapia de los electroshocks. Castigo, voltaje, historia: dónde comienzo, en la abolición de todo pasado para poder mirar aquí, en Insurgentes esquina con Pensylvania, el parto mexicano del rocanrol. Si esta fuera historia, sería una de ángeles caídos, seres ingenuos que un día tomaron una guitarra y pretendieron llegar con ella a alguna parte, acaso sin pensar que el rocanrol no es llegar

sino ir, sólo ir, siempre estar yendo. Un tren al que se sube y del que se baja sin mirarlo jamás parar. Hay quienes no se bajan. Necios, perdedores, románticos huérfanos que un día encontraron en el rocanrol una casa, quiero decir un hogar, de esos que tienen abuela, leños y chimenea, toda la paz que mirabas en las historias de monitos de Walt Disney. ¿Has estado alguna vez en un hogar? ¿Sabes lo que es eso? ¿Quedan hogares así en este mundo. No para los que han subido al tren, porque ellos ya comprendieron, aunque tal vez un día lo olviden y se vuelvan a la tierra firme, que la mejor casa que puede tenerse es precisamente ésta, un tren.

Por principio, detestas la idea de contar un cuento de triunfadores. Piensas, muy románticamente: no lo estoy haciendo. Estos monos son unos perdedores, unos ángeles caídos.

Que la compañía y la televisión y el radio puedan cubrirlos de billetes, es cosa que vale madre. Un perdedor no es aquel que tiene menos billete. Un perdedor es quien ya se dio cuenta que vivir es mal negocio y no queda otra que hacerlo lo más divertido posible. Y lo más intenso posible. Y, si es posible, buscarse en el camino una religión que valga la pena. El rocanrol, por ejemplo.

*Una religión puede medirse por su capacidad
de revivir a los muertos.*

*Para la generación que se convirtió al rocanrol
entrando los ochentas, la era cristiana se mide en
antes y después de Jim Morrison.*

**E. Corripio, Fundamentos gnósticos
de la Resurrección Sicodélica.**

Bilé. Arrullo negro y carmín para el sueño muerto en un túnel del Periférico. Sonidos trepan por las paredes, ejército de cruzados escalando las almenas de un castillo enemigo. Los temblores del bajo, guitarra embarrando acidez sobre el monte del que cuelga un Cristo traicionado, sax ebrio de los sudores de una puta en agonía, platillos en llamas, redobles como palabras, un canto choca contra el techo: nun ca na die me po drá pa rar. Esta es la imagen trémula de lo que jamás pudo pasar y está pasando. Venga tu reino: los señores productores se estriñen, los señores ejecutivos no saben cómo bailar, las viejas paren ratones rosados y las niñas de traje sastre se vuelven estrellas del burlesque. Alabados sean el Rey Lagarto y San José Cuervo, bienaventurados los que pudieron echarse un faisán con la huesuda, estos son Caifanes y han venido a officiar el rocanrol. Hágase tu voluntad.

La primera vez que Alfonso André se paró frente a un público numeroso con un micrófono en la mano, faltaban cuarentaisiete horas para que terminaran los ochentas. Era un homenaje a los Rolling pero nadie allí se sabía las rolas; no quedó otra que ponerlas en el piso y leerlas a un metro setenta de distancia. Esa solución, que permitía al cantante no mirar al público sino a sus pies y crear en el centro del escenario una posibilidad de privacidad, cerrada complicidad entre cantante y papel, le vino a Alfonso como la insulina al diabético.

Veintidós años antes, Alfonso es feliz miembro de la generación de conejillos de Indias en las escuelas activas. Contra lo que hubieran pensado los psicólogos de la escuela, lo que Alfonso aprende allí es que el desmadre viene siendo asunto personal, y que esa obscenidad de pararse en un escenario es cosa de degenerados. El desmadre es entonces, y no va a dejar de ser, un rollo completamente interno.

Sin embargo, para ser interno, su desmadre es un escándalo en todas partes. Tiene buenas calificaciones y lo toleran en la escuela. Monta a caballo y lo toleran en su casa. Llego el día en que se cae del caballo y en la escuela ya no lo soportan, así que va a dar a un colegio de verdad y deja de divertirse. De la escuela activa, donde puede permitirse ciertos protagonismos, es enviado un lugar idóneo para transformarse en un mustio. Los maestros lanzan borradores y dan cachetadas, pero el personal reprimido está lejos de ser el de una escuela de padres maristas. En ese ambiente de perdedores infantiles, Alfonso llega a sexto de primaria como llegan los cabrones: fumando.

Saúl aulló: lo estaban depositando en una escuela. Parte de la culpa la tenía su hermana Irma, que ya lo había acostumbrado a, casi sin saberlo, vivir en un mundo en el que los susurros catarrientos de Lennon y las cachondas negritudes de Jagger derrotaban tarde a tarde a las mariconas huestes del ratón Miguelito. La atención que nunca merecieron los maestros se la ganaban sudor a sudor Janis, Jim y Jimi, Sagrada Familia que nunca tuvo un salvoconducto en la escuela. El resto de la música en la casa eran los Panchos, Benny Moré y la Sonora Santanera, del lado materno; Von Karajan y Karl Bohm, por el otro. Una hermana que no era Irma se había clavado en José José. Saúl asiste a todas esas materias, pero se queda con los discos de Irma por la razón vital de que le dejan un espacio más grande a la fantasía. Y cuando la escuela es una cagada que te ahoga con sus hedores no te queda más salida que la ficción.

Con la nitidísima sensación de ser un pájaro enjaulado, Saúl sale de la escuela deslizándose hacia el Mar de la Libertad, en cuyas profundidades cálidas y jugosas se pone a dibujar. Pinta historias donde los personajes hablan en globitos y se mueven de acuerdo al transcurrir de otros sonidos: los que Saúl trae

entre las meninges y como puede saca en una guitarrita, usando exclusivamente dos cuerdas --método que ni sus demonios ni sus dedos van a abandonar, porque veinte años más tarde sus composiciones seguirán basadas en esas dos cuerdas. Las que pinta no son propiamente historias, sino cierta asociación libre de imágenes e intuiciones. Perro atrapado en la perrera municipal, Saúl va al kinder Amado Nervo a guardar silencio. No el silencio de las mentes

inflamadas por mundos mejores que el que les tocó habitar, sino el de quien ha sido privado del derecho a imaginar.

Nunca se sintió buen prospecto para el piano, tampoco para el violín. Pero, siendo parte de una familia cuyos hijos se meten cuanta sabiduría pueden, Alejandro ve llegar a un profesor de guitarra y eso le gusta. Del radio salen Palito Ortega, Leo Dan y Sandro, pero el profesor le enseña más que nada música folklórica sureña: sambas, chacareras, y de paso varios acordes beatleanos. Al entrar a primaria en la Buenos Aires High School lo escogen para el coro. En las tardes tocan flautas, claves, triángulos y panderos. Los maestros le exigen aprenderse cosas como la Historia del Perú, pero él anda más clavado en las clases de guitarra clásica de su hermana, su colección de timbres postales, las canicas y las historietas del Pato Donald y Periquita que llegan de México. En la tele lo más importante son Los Locos Adams y Los Tres Chiflados, todos ellos portadores de una absurdidad, una ironía y una disonancia que, como años después va a descubrir, pueden trasladarse a la guitarra. Mientras, se entretiene jugando a Los Tres Chiflados con sus hermanos de la única manera concebible, es decir a punta de chingadazos. Las clases de guitarra tienen un toque mágico: el profesor lo hace sacar por sí mismo una canción tras otra, de los nueve a los doce años.

Es entonces, al llegar a la secundaria, cuando Alejandro pasa, de la introversión solapada por una niñez hogareña, a un espacio completamente nuevo donde se manejan códigos que le son del todo extraños. Pink Floyd, Led Zeppelin. Su rito de iniciación a la nueva logia se cumple con el **Fireball** de

Deep Purple --lo escuché, me quedé pendejo y ahí empezó el vicio. Hasta entonces, Alejandro había pensado que Pink Floyd era el nombre de un tipo, pero poco tiempo después ya escucha no sólo a Roger Waters sino a Steve Howe y a Greg Lake. Le habían regalado un órgano eléctrico donde estudia un poco de Bach y algo de blues. Pero el virus ya prendió, y no le queda otra que ir a embarcarse con una guitarra en abonos. Es 1973.

*El chico de los vaqueros refulgentes trepó al escenario,
y la Dama Polvodestrellas cantó sus canciones
de penumbra y desgracia.*

**David R. Jones. El inminente retorno, las
tramposas profesías y la inmarcesible majestad
del Duque Blanco y Delgado.**

Las Insólitas no fueron nunca un proyecto. Los proyectos se hacen en la televisión, en las oficinas, en planos. Las Insólitas Imágenes de Aurora son un cuento. Un día a un guey se le ocurre hacer una fiesta y le habla a otros tres pa que hagan bailar al personal:

Carlos Marcovich le llama a su hermano Alejandro: Oye, como ando juntando lana para mi película, pensé que a lo mejor se puede organizar una tocada contigo y otros cuates. Algo así como armar un grupo nuevo para la fiesta, porque uno ya hecho va a querer cobrar y la onda no es gastar el dinero sino juntarlo. Así lo conecta con Alfonso André.

Alejandro quiere tocar y se lleva sus cosas a casa de Alfonso. Pasa tiempo y Saúl Hernández, tercer convocado, no aparece. Entonces Alejandro va por él. Los tres se tiran rollos, sacan todo lo que traen y lo echan encima de la mesa, se ponen a hacer ruido. Inventan sonidos, letras, se exceden, se dejan ir hacia un espacio que aún no conocen. Alejandro trae algunas rolas, Saúl

demasiadas, y las demás van saliendo una tras otra en gozosa diarrea. Cuando llega la noche del reventón, marzo diecisiete del ochentaicuatro, los tres se visten de gala: Alfonso se pone un sombrero boliviano, Alejandro un gorro de Daniel Boone y Saúl va de mujer. Parto de bizarrez, un arreglo punkoso de Sugar (Oh, honey honey!) abre la tocada.

Pero en lugar de bailar el personal, más clavado que el mismo Jesús Nazareno, va compactándose en torno al grupo. Unos no saben lo que oyen y los otros ignoran lo que tocan. Particularmente porque buena parte de esos sonidos los están apenas inventando. La tocada, alcohol que baja sin parar por la garganta de un perdedor, se deja ir por la noche y la atraviesa libre. El hecho de que estos monos tengan sin saberlo un grupo es un asunto que no ha dependido de su voluntad. Después de todo un grupo no es algo que se tiene, sino un nombre al que se pertenece. En esta confusión entre propiedad y pertenencia uno piensa que decidió armar una agrupación y se puso a inventar cosas como El Señor de los Mil Cerebros murió de tifo en la epidemia de junio. Pero la decisión no es tuya, la decisión ya fue tomada sin considerar la desdeñable existencia de tu voluntad. Si obedeces, tu vida ya se jodió; pero si te refugias en la cobardía y el conformismo de no obedecer a un sueño entonces no sólo estás jodido sino que además eres un pendejo y no hay más qué hacer.

Cuando Alejandro, Alfonso y Saúl se juntan, sometiéndose a la tiranía de un demonio cada vez más visible, saben que no tienen regreso. Tienen que tocar, porque sólo tocando es posible el hermosísimo milagro de mirar a la mierda desaparecer de este mundo.

El profesor de biología del Instituto Simón Bolívar solía con una cierta frecuencia alertar a sus pupilos sobre el peligro de convertirse en alumnos nómadas, arquetípicos indeseables que cuales refugiados camboyanos van rebotando de colegio a colegio, vivas demostraciones de que ciertas células cancerígenas no mueren, sólo van cambiando de organismo. El profesor, con la conmovedora misericordia de un lasallista, solamente movía la cabeza compadecida pero enérgica, comprensiva pero reprobatoria, haz de cuenta Karol Wojtyła poniéndose a hablar de los osados usuarios del condón. Alumnos nómadas, cánceres ambulantes, gente indeseable. Diego Herrera era parte de esta gente.

Realizando un exhaustivo censo de poblaciones escolares, Diego presentó una cantidad de exámenes extraordinarios equiparable al número de canciones en un disco de Elvis Costello. En una de estas escuelas, un día de clases como cualquier otro Diego llega con una camiseta que permite deducir los hábitos sociales y las preferencias botánicas de su dueño. El director, que conoce bien la mota pero por lo visto, al menos en horas de trabajo, no la fuma, rebota al joven Diego a cambiarse. Para no ir hasta su casa, Diego se mete al súper y ahí dentro sabe muy bien lo que tiene que hacer: se compra una camisa cuyas dimensiones gulféricas serán de seguro suficientes para desafiar por segunda vez al director. Este, que no gusta de la mota ni de los desafíos, le da un boleto de ida al carajo. Para entonces, Diego y el director de la escuela tienen una cosa en común: ya saben de Avándaro.

Cuando Chava agarraba una raqueta de guitarra y un cartón de papel higiénico de micrófono, las niñas se ponían a bailar. Chava inventaba los sonidos que podía a través de una hilera de ruidos gargajientos que por sí solos armaban el reventón. Este salvoconducto, el de ser la estrella única de la tocada, le permitía penetrar sin trámites al mundo de las niñas y, cosa impensable para los de su edad, ser su amigo.

Ya entrado en el rollo de los conciertos, Chava se junta con su amigo Javier; paran tres botellas, les encaraman un pandero y ya tienen el tambor. Hacen los boletos, invitan a los cuates, tocan las canciones que Chava compuso en un inglés profundamente chocolate. Chava vive en un ambiente que no le permite jamás estar solo. Si se queda en la casa están sus hermanos, y apenas sale se topa con uno de sus cuates de la Unidad. Desde entonces desarrolla un cierto mimetismo que le permite pasarla bien con las más heterogéneas clases de personal sin pelearse con nadie. Con los desmadrientos y con los silenciosos, con las feministas y con los misóginos, lo único que le importa a Chava es gozarla.

Un día se fuga de la primaria, uno de sus cuates agandalla un vehículo de su hogar y se largan todos a nadar al Lago de Guadalupe. En el camino han llenado una garrafa con dos litros de pulque.

Las Pistolas de Platino sí eran un proyecto. Eran el sueño roquero del señor Luis de Llano, experimentado tratante de idiotas que un día quiso formar un grupo real. Pero, el señor de Llano lo ignoraba: los grupos reales no se hacen desde arriba, los grupos reales salen de las coladeras y, como los roedores callejeros que son, corren, se escurren, hurgan en botes llenos de aceite quemado y latas vacías de sardinas; escalan bardas, cruzan deshuesaderos y un día, sin que tú puedas remediarlo, se cuelan a tu cocina, agujeran tu refrigerador, suben a tu recámara, se meten en tu closet, en tu buró, bajo tu almohada. Es así como encuentran un agujero en las paredes de tus sueños, y una vez dentro de ellos ya nunca se salen.

Las Pistolas de Platino eran Sabo Romo, Alejandro Marcovich, Aleks Syntek, Alfonso André y Jorge Palacios. Un puñado de perdedores que serían seducidos por las tentaciones oropelescas que se asomaban en las palabras de un triunfador. Pero él, ese triunfador que llenaba de orines tibios y babas calientes los oídos de la entusiasta juventud televidente, ramo de rosas en mano, calenturientos sueños de su cuenta Bancomer, ignoraba que un mono que fue previamente hechizado por el rocanrol muy difícilmente va a darle su alma a un tipo como él. Porque aún si se la diera, él no sabría qué hacer con ella, le quemaría las manos, buscaría una bolsa de plástico para empacarla con toda propiedad, le pondría una etiqueta, la mandaría esterilizar. Empieza el ochentaisiete. En otra parte, con algunos de estos monos, cuaja tembloroso un rollo oscuro que no promete limousines ni aviones particulares. No promete otra cosa que los días ácidos viscosos dulcísimos desfibriladores del rocanrol.

Cuando Jorge Palacios se va al tambo por andar poseyendo perico, se acaba el principal problema de las Pistolas de Platino: el cantante que canta horroroso. También, claro, se acaban las Pistolas de Platino.

Alejandro: Mi mamá me soñaba tocando en la iglesia, algo así como Tocata y fuga. También pensó en meterme a clases de violín, pero yo me imaginaba convertido en un chavito con lentes y cara de pendejo.

Diego: Yo era un asco en la escuela. Odio las aulas y todo lo que tenga que ver con ellas.

Alfonso: Durante el kinder no tuve problemas. Tenía mi club, que estaba abajo del escritorio de la maestra y mi pasatiempo favorito era verle los calzones.

Una vez que estás en la Nada, cualquier comienzo es bueno. En la habitación de tu mente se respira una bruma sólo tuya. Lo que Saúl, recién adquirida su residencia en Tisneylandia, se dedica a hacer son canciones. Pasa dos o tres meses encerrado y cuando sale el clima afuera es distinto. Necesitado de oxígeno, se agarra con toda su fuerza de un nuevo proyecto, esta vez compartido con el ecléctico palomeador Diego Herrera. Como iniciadores de algo que por el momento no pasa de fantasía se dejan ir lejos. La idea es: vámonos al carajo. Y el carajo está en España.

Claro que para irse a España no basta con ponerse hasta la madre de imágenes mentales seductoras. También se necesita hacer que lo Colón, Magallanes y otros sabladores tuvieron que aprender: meterse a la chinga de pedir prestado.

Evidentemente, no lo dejaron ir. Pero los monos del radio sí fueron, y eso representa la suculentérrima posibilidad de armar un Avándaro privado con sus hermanos. El lugar existe: al final del jardín hay un cuarto habilitado, en la mejor tradición de Tobi, como club; y redecorado en la víspera de Avándaro como congá. Diego y sus hermanos instalan la imprescindible luz negra y cubren cada centímetro de pared con recortes de Janis, Jim y Jimi, más otros motivos jipitecas. Después meten quince radios, los sintonizan en la estación y suben los volúmenes. Este y los posteriores encierros, a los que ellos llaman retiros espirituales, hacen para Diego las veces de ceremonias bautismales de una forma conducta en la que dieciocho años después no habrá dejado de reincidir.

Diego no tendrá, como muchos, el trabajo de desaprender las inmundicias que se aprenden en la escuela, sencillamente porque no las ha aprendido, y porque ninguna escuela ha tenido los anticuerpos suficientes para volverlo inofensivo. En cambio, puede estar siempre cerca de sonidos lo suficientemente estimulantes para radicalizar su rebelión contra cualquier aprendizaje que no le brinde una intensidad similar.

Cuando Avándaro, a Diego le falta edad para estar tocando con quien sea, pero años antes aprendió a folklorearse las tardes tocando la quena. Su hermano tiene una banda, Harvest, que con la llegada del setentaitrés tiene el democrático detalle de permitir a Diego palomear en las tumbas. Aunque esto no puede ser suficiente, y al año siguiente Diego forma su primera banda, a la que bautiza con el sincero apelativo de Datura Root. En su debut en sociedad la banda es bien vista, sobre todo porque nadie en la fiesta de fin de año de la escuela sabe lo que es datura. Al menos nadie que tenga el poder de reprimirlos. Diego escucha cosas de Rick Derringer, los hermanos Winter y algunos blueses más, chupando con los cuates en el vestidor del salón de clases y bataqueando con Datura.

Pero algo hace falta, y para tenerlo necesita dinero, así que Diego va a dar a una pizzería en calidad de mesero. Cuando junta mil pesos se compra un sax.

En una tienda de discos lo suficientemente alivianada para dejar a los clientes oír lo que van a comprar, Alejandro se le acerca a uno de esos prospectos de comprador y le pregunta qué carajo es lo que está oyendo. Va con el empleado y pide que le pongan el Dark Side Of The Moon. Lo escucha, lo compra inmediatamente. Llega a su casa a bajarle el estéreo a su hermana, sale a comprar un foco rojo y regresa para encerrarse en su cuarto, subir el volumen a tope y gozar las solitarias delicias de jalonearse las neuronas.

Ya con una guitarra, Alejandro es elegible para un grupo, y no tarda en ser reclutado. Pero como lo que les falta no es un rascador de guitarra, su primer trabajo es el de organista. Al menos hasta que necesitan un bajista. Entonces, lo más fácil es habilitar al organista, que ya toca algo de guitarra, en el bajo. En este campechaneo Alejandro, organista y bajista a un mismo tiempo, se mira a sí mismo como un John Paul Jones, y eso ya es suficiente. Como guitarrista, su trabajo más importante es usar el amplificador del órgano, volver la bocina hacia la casa de la vecina, subir el volumen a 10 y tocar los acordes de Oye cómo va. El nombre de su grupo es Sinusoide, pero la cosa no dura mucho tiempo y un día Alejandro vuelve a estar solo. Llegan los setenta y seis, y con él los militares. La familia Marcovich decide que ya no se puede vivir allí, la guitarra eléctrica de Alejandro se queda en Buenos Aires y él va a parar en Puebla, ciudad que como bien lo supieron las tropas del general Zaragoza, suele ser hostil hacia todo fuereño que no sea parte del ejército imperial francés. El resultado es que el adolescente Alejandro Marcovich, que llega a Puebla de dieciséis años, jamás podrá conseguirse ahí una sola novia. En medio de ese forzado celibato sólo queda una opción digna de voluptuosidad: tocar la guitarra.

Lo de cruzar el Atlántico se va complicando. Habían conseguido lugar en un barco carguero, pero más tarde los administradores decidieron que ya no los querían a ellos como carga. En tanto, México se derrite en promesas: Juan Manuel Aceves les pone en las manos el chance de hacer un disco, sin haber tocado juntos delante de público ninguno. Se va a hacer un video, se va a hacer un álbum. No tienen lo que se dice un grupo formado pero ya saben que se llaman Caifanes.

Es 1987, el primer día de enero. Diego y Saúl entran al estudio con Juan Carlos Novelo de bataquero y en el bajo un préstamo: Sabo Romo. Pasan dos días grabando y dejan listo un demo de cuatro canciones, cocinado con cierta premura y por ello gozosamente crudo. Esa crudeza, especie de acidez capaz de habitar sus espacios más armónicos, va a quedar para siempre ayuntada al sonido de Caifanes.

Crónica ilustrada de las lágrimas del mundo: Saúl se planta frente al micrófono-confesionario para rendir cuentas de su existencia y acusar al Creador de fraude. Prometiste el Jardín de las Delicias y me dejaste plantado en una maceta de mierda en la que yo tengo que nadar todos los días para alcanzar, si me porto bien, la otra orilla que acá entre nosotros se llama Muerte. Y bueno, este ruido, hijo ilegítimo del cántico de los ángeles caídos, intenta ser una pequeña rebelión contra la mierda. Este ruido que está siendo parido en el culo del mundo, es decir México, no busca otra cosa que hacer estallar uno a uno los instantes y pintar de otros colores a la Nada. Entre los vómitos del radio flota una grabación de Caifanes, constructores subterráneos

de eufóricos himnos secretos. Grupo que entonces, febrero del ochentaisiete, formalmente no existe.

El primer problema no es el nombre. Antes, cuando terminó la tocada y todos ahí preguntaron por la siguiente, los tres se despidieron como recién terminando los placeres de una sola noche. Alguien le dijo a Alejandro: *Alfonso es muy tímido, y aunque se muera de ganas no va a proponer nada si no le dices tú primero*. La mañana siguiente, Alejandro fue a tocar en casa de Saúl. Entraron, oyeron discos, Saúl le enseñó algunas más de sus rolas. Hablaron del grupo, Saúl habló de Frac y Alejandro dijo *piénsalo*.

Ya lo pensé, dice Saúl al llegar con Alejandro, con los ojos de una quinceañera ganosa y la terrible comezón propia del rocanrol. Alfonso tampoco se niega, y es entonces cuando Saúl les habla de un cuento escrito por él y nombrado *Entre las Insólitas Imágenes de Aurora*.

Diego: Una de las primeras canciones que recuerdo haber cantado decía algo así como *Vuela tu vuelo, paloma mía, canta tu canto, que llegue al mar. Tráeme de lejanía, paloma mía, tu libertad.*

Alejandro: Yo era muy introvertido. Llegué a la secundaria y me encontré con que todos platicaban de rock y de grupos sobre los que yo no tenía idea. Me fui haciendo amigo de un gordo, que era rockero. Me dijo algo así como *Hay rock pesado, rock progresivo, rock sicodélico...* y en fin, me dio toda su clasificación. Le dije *Oye, pues yo quiero.*

Diego: Cuando nos íbamos de campamento nos daba por agarrar a tomatazos a los ordenaditos, los que tenían su tienda que haz de cuenta boy scouts. O por agarrarles la cola a las chavas. Un día tiramos todas las tiendas, nos pusieron en un camión y nos mandaron a México. Me encantaba el desmadre.

En el kinder Amado Nervo hay un chapoteadero. Un día Saúl no lleva la indumentaria adecuada para nadar, que es un traje de baño o unos shorts adecuables a la ocasión. Tú no puedes, le advierten, y él salta al agua con la ropa puesta, siguiendo una lógica impecable, por elemental: quieres nadar, échate al agua; no te vas a quedar mojado el resto de tu vida. Pero para todos los demás, y al final también para él, Saúl se queda para siempre mojado. Un día despiertas y resulta que los demás, todos, acaban de heredarte el monopolio de la incongruencia, porque cuando estás en un lugar como una escuela necesitas reunir un chingo de congruencia para, por ejemplo, meterte a

una alberca. Saúl ignora, y la escuela nunca le ayuda a aprenderlo, que en las sociedades represivas, o en sus réplicas, que son peores, diferencia es igual a extravagancia, y extravagancia es sinónimo de ridículo.

Para Saúl la escuela sólo tiene un lugar respirable: el patio. Y saliendo de la escuela está el sitio prometido por el Mesías: los dibujos. Cuando va a dar a una escuela peor que la anterior, hacer historias pasa a ser a un tiempo la más urgente de las drogas y el más abierto de los patios.

Al despertar, se levanta con demasiada prisa. Hay que preparar el día. O mejor: prepararse para soportarlo, dándole velocidad a la mañana y abriendo en ella el espacio suficiente para escuchar un disco antes de ser transferido a la jaula. Frente al paredón, el condenado pide escuchar por última vez la voz del profesor J. W. Lennon. Una vez concedido el deseo, ya puede salir tranquilo y victorioso hacia el otro mundo, bailando juntas y libres en su cabeza las promesas del Sargento Pimienta.

Afuera, en lo que se supone es la realidad, al niño Saúl le son cotidianamente administradas puntuales madrizas por ellos, los que son iguales entre sí, bajo la tácita aprobación de los pulcros guardianes de la Realidad Objetiva, ungidos por circunstancias inapelables con el título de maestros. Una mañana en la escuela, fortalecido como está por los otros sonidos, no soporta más el contraste de su cabeza con la realidad objetiva y se agarra a la maestra a madrazos. Inmediatamente lo corren. Y va a dar a otra jaula.

Cuando un grupo de herméticos se propone degollar al silencio, está en un problema. Con un demo terminado, un video de Carlos Marcovich que llegó a la mitad y sin más planes que algunos sueños, Saúl y Diego van una noche a ver cantar a Eugenia León. ¿Se acuerdan de mí? Toco el bajo y me gusta Steely Dan: a la salida del Teatro de la Ciudad se encuentran con Sabo Romo. A diferencia de ellos, Sabo anda tocando en todas partes. Pero igual que ellos Sabo no tiene un grupo al que pueda llamar su hogar. Sabo busca sin saberlo el final de la promiscuidad a la que han sido condenados sus dedos. Se saludan, quedan de verse, se despiden. No hacen citas, pero poco tiempo después Sabo hace una visita de cortesía a las oficinas de Rockotitlán y es ahí donde el empresario Fernando Arau, unas veces padrotito de grupos nuevos y otras seguro servidor de Luis de Llano, le muestra a Sabo la jugosa manzana de un nuevo idilio: ¿Por qué no se juntan de una vez y les aparto unas fechas? Sabo muerde la manzana una vez, otra más, y cuando está de regreso en Insurgentes ya tiene algo qué contar a Diego y a Saúl.

El once y el diecisiete de abril están programados Caifanes en el escenario del Rockotitlán. El grupo no tiene baterista, no tiene lo que se dice un acoplamiento, no tiene siquiera todas las canciones de lo que de un modo u otro sería el espectáculo. Pero Sabo conoce, desde antes de comunicar la noticia a los otros dos, el camino preciso a recorrer. Si se te ocurre comprar un traje de novia, el siguiente paso es salir a buscar morras que den la talla. Dicho de otro modo: si tienes dos tocadas y no hay banda, pues ponte a hacerla.

Había pasado poco tiempo desde la muerte de su mamá. En poco tiempo, el padre desarrolló la costumbre de confiar al cien por ciento en sus hijos. Les daba el dinero de las colegiaturas sin exigirles recibos, y esto permitía de cuando en cuando un razonable margen de especulación y liberalismo económico. Así fue como Chava pudo hacer tangible el sueño de tener una bola de boliche, aunque luego tuviese que zurrar piedras para reponer el dinero.

No se compra una guitarra porque ya la tiene. Solapado por el instinto maternal de su tía Cristina, Chava hace suya la guitarra de su tío, que tiene tres cuerdas y está más jodida que una vedette con esclerosis múltiple. Con ella se gasta las yemas de los dedos, rasgando hasta buscar un sonido que pueda parecerle armónico. Junto a su amigo Glen, obsesionado por ruidos similares, va componiendo rolas a base de rasguear las cuerdas con diferentes tensiones. Esto es, preparando la guitarra para otra composición a base de tensar más las cuerdas, o destensarlas, según el caso. Este método, lejos de pervertirle el oído, le va dando una inmensa capacidad de afinación y una familiaridad con los sonidos que en el futuro no habrá de conocer límites.

Tiene catorce años. Desde la barda de la secundaria, él y sus cuates apedrean a los porros. Un día, como quien descubre la presencia de la luna llena o la desaparición de una enfermedad, Chava está tocando y se da cuenta que sí, que es él, que ya toca.

La batería es una alineación de juguetes en derredor suyo y por baquetas toma un par de ganchos. Por entonces papá, inflamado de una cierta fiebre sicodélica, lleva a la casa el virus: Eric Burdon, Janis, Beatles, Doors. Los sesentas están muertos, pero en la cabeza de Alfonso siguen moviéndose las brujas capaces de convocar aquellas acideces y así los setentas se convierten en la repetición de la función que él, nacido en el sesentaidós, no pudo ver.

Un día sus hermanas tuvieron edad para ir a fiestas, con la condición de que fuera él su acompañante. Reventones alcohólicos, llenos de monos con muchos recursos para silenciar a una ladilla de doce años, los happenings de sus hermanas son para Alfonso un rito no por más breve menos fascinante: una cuba y mucho sueño.

Sus sueños épicos son escenarios repletos de instrumentos y bocinas, y en los mejores la estrella es Alice Cooper. Esos delirios, capaces de hacer las delicias místicas de quienes como él recién entran a la secundaria, le dan una razón de suficiente contundencia para reforzar un mundo íntimo que ya puede muy bien ser dignamente enfrentado al que propiamente es la moda inmediata y él, adolescente programable, debe consumir. No es que Alice Cooper sea el último de los jacobinos, pero como símbolo rebelde basta. Sobre todo si se considera que por ahora el resto, los muchachitos normales de su edad, se mean a gotas con las vocecitas de eunucos de los Bee Gees.

Escoger como patria el rocanrol es, en 1975, causal directo de segregación. México absorbe entera la moda disco y en las fiestas no se ve otra cosa que coreografías pendejas de jovencitos sanos que prentenden bailar exactamente igual al de junto. Y el de junto, putito bienvestido que se ha pasado semanas enteras ensayando los pasos más predecibles del mundo, es el héroe de la fiesta. Aunque para Alfonso y sus cuates, que disfrutan con todo ello de la más feliz de las marginaciones, esta clase de héroes son los idóneos prospectos para una buena madriza.

Sin más armas que la ingenuidad de los ángeles y la terquedad de los demonios, Sabo, Saúl y Diego se ponen a meterle testosterona al asunto. Se conchavan al Gato, de Ritmo Peligroso, para que los aliviane con la batería. Se encierran, se cachondean los cerebros, se raspan los oídos y, aullidos más aullidos menos, cuando llega el once de abril entre los cuatro ya tienen una banda.

Llegada la noche, aparece en el escenario el empresario Arau y presenta al nuevo grupo como la Selección Resto del Mundo del Rock Mexicano. En otras palabras: respetable público, les invito a soplarse las ostentaciones sonoras de estos cuatro mamadores. Y el respetable y culto, integrado más por los cuates y las familias de los músicos que por presuntos y prematuros seguidores, aprovecha a tope la invaluable oportunidad de presenciar una mierda de concierto. Lo mejor de todo se lee en la amenaza del programa mensual del antro: habrá una segunda tocada de Caifanes, la semana entrante.

Con la sabia resignación de quienes saben que caca se hace todos los días y ni quién se queje, el grupo regresa al cuarto de ensayo. Durante la semana se dedican a limar las rebabas. Es decir, a limpiar de posibles residuos fecales el sonido del grupo. Juan Carlos Novelo estará en la bataca, pero lo que se dice El Porvenir les exige reclutar a un nuevo baterista. Así, para la segunda tocada invitan a un alumno de Juan Carlos Novelo, que entre otras cosas no quiere saber un carajo de Saúl y sus grupos. Alfonso André va a la segunda tocada de Caifanes por una de esas raras mezclas de solidaridad y morbo que lo llevan a uno a los hospitales, las cárceles y las iglesias. Y, tal como suele pasar en los tres citados lugares, Alfonso fue, vio, oyó, y ya no salió de ahí.

La ventaja de ser un extranjero argentino que toca el bajo es que al menos en la escuela te dicen Che, te hacen preguntas y te hacen popular. Así, un grupo de seguidores de Serrat y Mocedades se acerca a Alejandro:

--¿Tú eres bajista?

--Pues, sí.

Inmediatamente Alejandro obtiene, si no dinero, por lo menos trabajo. Un empleo amateur tocando el bajo en las iglesias comandadas por la clase de sacerdote que, seducido por el Cat Stevens que aún no se mete de lleno a aplaudir los veredictos de los tribunales islámicos, acepta versiones levemente jipitecas del Cordero de Dios. Uno de sus colegas, acaso más hambriento de sonidos nuevos que los demás, digiere con honesta gula los discos de Sui Generis de Alejandro. El resultado de un poblano influido por John Denver y un argentino clavado en Charly García es un dúo, que no tarda en hacerse trío. Los sueños de Alejandro han ido deselectrificándose: David Crosby, Stephen Stills, Graham Nash, Neil Young y el mismo Cat Stevens le han abierto una posibilidad que no necesita de amplificadores. El sueño ya no es reemplazar una guitarra eléctrica con otra, sino apropiarse algún día de una Gibson acústica.

Tener un padre catedrático también guarda sus ventajas, y la de Alejandro consiste en entrar al departamento de música de la universidad, lugar donde

empieza a aprender figuras rítmicas, construcción de escalas y ciertos rollos de guitarra clásica. Incluso algo de flauta. Esto implica la sana continuidad de una educación musical sin militancias definidas. Alejandro compra simultáneamente discos de Django Reinhardt, Genesis, John McLaughlin y Thelma Houston, y se empacha de información con el Guitar Player. Sin embargo, un hecho más bien surreal viene a removerle el parquet como nunca antes: resulta que a B. B. King se le ocurre ir a Puebla.

Diego: Y las venganzas. Me acuerdo que una noche fui a dejar a una chavita medio tarde y el ruco que me saca una pistola. Entonces hice un plan con mi cuate Jorge, que era el experto en venganzas... Compramos un huachinangote, y como pude lo llevé a esconder a la biblioteca de casa del ruco. Empezó la peste en la casa y nadie sabía de dónde venía la cosa. Así que llamaron al plomero, se metieron al baño, hicieron arreglos en la tubería y nada, el pescado siguió pudriéndose. Tardaron diez días en encontrarlo.

Saúl: Luego mi familia se mudó de la Guerrero a la Nápoles. Yo fui a dar a la Panamerican Workshop, una escuela de puro niño mamón insoportable. Allí troné primero de primaria. Dos veces. No servía para estudiar, siempre he tenido mala memoria, se me olvidan las canciones.

Alejandro: Las Insólitas tocábamos horrible, pero nos las arreglábamos para ser de algún modo impresionantes.

Alfonso: En quinto año me corrieron, y de castigo me metieron al Madrid. Allí conocí a la maestra Leal, una momia horrible que te cacheteaba.

Después se compra una flauta, termina la prepa, no se mete a universidad alguna y se va a jazzear, primero con Gerardo Bátiz y poco después con los Toussaint. El conflicto que origina tocar, y por lo tanto no estudiar ni, en el sentido más material de la palabra, trabajar, lo saca de la casa. Pero como Diego lleva ya seis meses trabajando con Fernando Toussaint, encuentra allí el hogar al que recién ha renunciado. Fernando forma un grupo, Palmera, y allí mete a Diego.

Evidentemente, el sax de Palmera no está en condiciones de competir musicalmente con el resto de la banda, de modo que los dos años que pasa junto a los Toussaint no son sino tiempos de aprender, valga la contradicción, como pendejo. Pero mientras, en vista de que Palmera no es lo que se dice un medio de producción, Diego aprende a hacer batiks, a la más alta velocidad posible, para venderlos y dedicar el resto del tiempo a hacer música. Lo cual es más una frustración que una delicia, porque Diego hace con el sax mucho menos de lo que quiere hacer. Se metió a la Superior de Música, pero en esas aulas no llegará a aprender tanto como con los Toussaint.

Está terminando el setentainueve y Diego ya encontró la manera de hacerse de ingresos con una cierta regularidad y de paso pagarse el vicio de ser músico. Así las cosas, va a dar de regreso a su casa con el status de inquilino.

El sax le ha dado lo que puede considerarse una profesión, pero no todas las profesiones dejan para pagar la renta, de modo que Diego sigue aceptando su destino de músico forzado a la artesanía. Hace bolsas de cuero, chalecos, cinturones. Cuando hay un chance, toca con la banda, pero un día Palmera deja de ser una banda y Diego rebota hacia otra asociación de jazzeros: Ozz.

La situación no es ya la misma. Diego puede tocar con mayor regularidad, se ha vuelto a encontrar con Gerardo Bátiz y de ahí surge la posibilidad de hacer un disco. Este proyecto de jazz latino mete a Diego por primera vez a un estudio de grabación. Al poco tiempo se edita el álbum.

Ajá. El rocanrol es el vicio que te saca de tu casa, te revuelca por la carretera del exceso y te devuelve al mundo convertido en otro mono. Cuando se le aparece un espejo en el camino, Diego se encuentra con un músico profesional.

La tocada no estuvo mal. A nadie se le olvidó nada y nada se descompuso. La máquina está echada a andar y sólo queda un problema, que es el baterista. No es que Alfonso no haya sido hechizado por estas inciertas brumas, sino que Sabo no soporta la idea de tener tan cerca, durante tanto tiempo, a un guey como Alfonso André. Pero Sabo no tiene opción, y Alfonso recibe una cinta con todo el material del grupo. Solo, encerrado con su batería comprada de segunda manopla meses atrás, Alfonso se clava en el impensado boleto de enrollarse de nuevo con Saúl Hernández.

La banda no tiene más consistencia de la que se obtiene a través del más puro aferramiento. Es decir, por el momento: suficiente consistencia. Su único patrimonio es un sonido y algunos instrumentos, y el billete que sacan de una tocada se les va en alquilar el equipo indispensable para sonar decentemente. Hay quienes les dicen que esa es la mejor fórmula para irse en vuelo directo a la Nada, pero los cuatro monos de Caifanes a la Nada ya la conocen y, cada vez que se unen para poner a danzar a sus cerebros en sonidos que aún no pueden controlar, saben que eso es lo correcto, que eso es lo que están haciendo, que es lo único que saben hacer, y que en estas lujuriantes e incontroladas pesadillas la Nada no está. Saben, como muchos otros lo supieron antes que ellos, que la certeza habita en el deseo y la verdad está en el clímax. Se pintan, dejan que el caos de sus neuronas se asome hasta los cabellos, se preparan meticulosamente para oficiar cada ritual, como el asesino amateur que deja a su cuerpo sudar y temblar de gozo durante los hermosos minutos que invierte en la compra del cuchillo.

Claro que no es un placer sano, las obsesiones nunca lo son y la hermosura tampoco. Aunque eso, llevar hasta sus últimas consecuencias los delirios de una obsesión, sea a veces la única manera de conservar la salud mental. Allá lejos, del otro lado de la calle y al otro extremo del mundo, están los escritorios repletos de gente sana y trabajadora que todos los días se está volviendo loca sin darse cuenta. De este lado hay cables, bocinas, instrumentos, y cuatro monos que se agarran de ellos como se sostiene un arma: con la certidumbre de que si la sueltas te lleva el carajo.

De la escuela Dos Naciones Unidas también lo corren. Simplemente no estudia, no pasa materias, oye música. Así que tampoco dura en la escuela Luis Vives. Lo único que Saúl escribe con un deseo equiparable a la lujuria son sus rolas. Las compone, inventa grupos y decide que ellos, nunca él, las canten. De modo que el primer grupo que interpreta sus canciones se llama Violet Foggy, superestrellas en el privado hit parade de su disneylandia íntima.

Para entonces, Saúl ya puede considerarse un iniciado. Cuenta con toda la información necesaria para reconocerse y ser reconocido como parte de un culto que entonces, a finales de los setentas, con Silver Convention y los Bee Gees todavía al mando de una generación de conformistas, sólo puede ser subterráneo. El primer tipo que lo reconoce no está en secundaria sino en prepa, toca en un grupo nombrado Auroc y se llama Ramón. Lo primero que hace Ramón es mostrarle a Saúl sus rolas y sus rollos. No se mete de un día para otro al mundo de Saúl pero en poco rato lo mete al suyo. No es difícil

deducir que en un cierto tiempo Ramón ya está llegando al material de Saúl. Años después, aquella complicidad clandestina terminará por traer al mundo a un grupo bautizado In Memoriam.

La primera rola que recuerda haber tocado es You really got me. Su información musical había sido, desde muy temprano, vasta y ponedora. Chava descubrió de niño la sicodelia y los inicios del rock ácido, y esto le permite llegar a los quince con una amplísima capacidad de, digamos, asimilación rítmica. Cuando sus cuates están descubriendo a Led Zeppelin y se declaran absolutos iconoclastas, los gustos musicales de Chava ya pasaron tales aceleres adolescentes y pueden digerir a Gloria Gaynor sin sentir pena por ello. A Chava le vale madres si la disco está o no de moda. El quiere oír música y no soporta frenos en ese sentido. Con la notable excepción de las hamburguesas, apenas considera la existencia de marcas y etiquetas.

En los setentas el rock es cosa subterránea. No es extraño que quienes se clavan en él sólo puedan entenderlo como una militancia, una molotov contra los culeros, una botella repleta de suero, una bandera inmanejable. Pero Chava, el que a los nueve años ya andaba metido en sonidos de insalubre esplendor y ahora ha dado feliz bienvenida a las perversiones orquestales de la Motown, mancha todas las banderas y se dedica a gozar de una y otra música sin por ello distanciarse de nadie. En las fiestas discotequeras es un connoisseur y en los reventones punkosos no necesita pintarse el pelo para ser el más espeso de la reunión. Un día, completamente hasta la madre, Chava se va hasta el fondo de una zanja de menos de un metro de profundidad. Perdido

como está, navegando entre los densos pantanos amarillos del resistol, se queda varias horas dentro de la zanja, a medio camellón. Nadie lo rescata, no necesita que lo rescaten. Chava quiere darle una probada al mundo y ya descubrió que el mundo está hecho de sonidos.

Cuando uno se empeña a en protagonizar un sueño siempre sabe dónde empieza; nunca hacia dónde va. Puede escribirse que con los sueños no se juega, pero sería más exacto decir que jugar con tus sueños equivale a jugar con tu vida, porque de un sueño intenso nadie vuelve igual. Tal vez por eso quienes más seguido se dan el lujo de inventarse sueños son quienes no tienen nada qué perder. A la mitad de 1987, un rockero en México no puede perder otra cosa que sus solas utopías. Es agosto y el sueño nombrado Caifanes estalla regularmente en el TuttiFrutti, antro repleto de corazones solitarios que, al menos hasta ahora, nunca se habían clavado en un grupo mexicano cuyo sonido les envolviera el cerebro en completud semejante.

Las voces han tenido el tiempo suficiente para correr. Los reventones se llenan un poco más cada vez, Caifanes se ha vuelto un grupo de culto y conocerlos es el nuevo deber para los iniciados. Esos estallidos de euforia construida con desesperanza, sucesiones de relámpagos que te estrellan en la jeta toda la furia de la palabra no, forman por sí mismos un exceso aparte que, de un mes a otro, reúne un nuevo puñado de ciudadanos. No es más que un principio, y principios hemos visto muchos; la diferencia ahora es que estamos asistiendo a la que bien puede ser la última posibilidad del rocanrol en México. Si esto no funciona nada va a funcionar.

Evidentemente es un atentado a la lógica. No a la de cada quién sino a la que ellos, los dueños de los medios en México, nos han enseñado que es La Lógica. Ella nos dice que ningún exceso de éstos puede hallar un lugar respetable en el que es nuestro mundo. De acuerdo con esa Lógica, para estar en la televisión sólo se puede ser oportunista, estúpido o puta. Si es posible, todo a la vez. Los cuatro monos de Caifanes, envueltos en autenticidad y deseo, no reúnen los requerimientos para clasificar en ninguna de las tres categorías. Pero la otra lógica, en la que dos más dos no siempre suman cuatro, susurra en los oídos del personal rollos distintos. Dice, entre otras cosas, que las puertas no son las únicas entradas a los castillos, y que están lejos de ser las mejores.

*¿Qué hacer cuando no puedes hacer estallar al mundo
pero todo el tiempo el mundo estalla dentro de ti?*

S. Barrett. **Las tribulaciones de un extranjero en
Huipulco.**

Ensayan todos los días, llevados por una necesidad de la que no conocen el comienzo ni el final. Sencillamente, hay que estar tocando porque esa, y ninguna otra, es la manera de estar bien. Sin embargo, no es en los ensayos donde Las Insólitas Imágenes de Aurora hacen aparecer en su completo esplendor un hechizo que es más grande y más fuerte que ellos. El altar de las invocaciones está en la calle, y es allí donde Saúl, Alejandro y Alfonso aprenden el rollo de Las Insólitas, cual si se tratase de un conocimiento que tiene que ser dictado, y tal cosa sólo pudiese suceder en el lugar exacto.

Para Alejandro, la idea de salir a la calle es exactamente indispensable. Las Insólitas tocarán donde sea, por lo que sea, con tal de que su trabajo llegue al aire libre y sea conocido. Así recorren todos los antros que pueden, se unen a la Operación Callejera del Crea, van a fiestas, a cuanto lugar pueden, arrastrando un equipo en vías de extinción que apenas pueden armar.

Se bronquean, se joden uno al otro, se hacen cagada el hígado. La energía de Las Insólitas no nace de un cristalino sentido del profesionalismo, sino de los deseos reprimidos de ponerle en la madre al que va a tocar junto a ti. Pero luego tocan, y entonces a nadie le importan más las razones de la bronca: si Alejandro quiere invertir las ganancias en equipo, si Alfonso decide pasarse la noche de reventón aunque tenga que levantarse temprano para una tocada, si Saúl no llega y a Alfonso se le olvida el equipo en su casa, si Alejandro se preocupa demasiado por lo que a los otros viene valiéndoles madre. Una vez en el escenario no tienen frenos, síntoma inequívoco de que todo está bien.

De unas vacaciones en Haití se trae un tambor, que ya en México se convierte en el centro magnético de sus reventones privados. Cada quien toca lo que puede, todos berrean y así, solos y marginados, van tomando la dulce autopista de los excesos.

En las fiestas convencionales no son muy bien vistos, amén de que tales homenajes vivos al kitsch les resultan una franca invitación a guacarear. Así, Alfonso y sus cuates inician la sana tradición de crearse sus propios reventones. En ellos, y también fuera de ellos, Alice Cooper tiene ya dos flamantes relevos: Bowie y el Zeppelin.

Como el tambor haitiano resulta insuficiente para una banda que desee hacerse respetar, Alfonso se hace de una batería. No tiene lo que se llama un grupo pero por el momento, a punto de terminar secundaria, no lo necesita.

Tiene en el cerebro algunos universos sonoros y afuera, en el mundo real, varios cuates capaces de darle a sus días una intensidad que no le pide gran cosa a los bombardeos de John Bonham. Evidentemente, los cuates de Alfonso vienen siendo el personal más pesado que ha podido encontrarse.

Saúl: Cuando murió mi mamá todo se descoyuntó, se hizo pedazos. Estábamos demasiado juntos y yo aluciné. Allí empezó el rollo de la intimidad y la soledad, de una desgracia que aprendes a disfrutar. A partir de entonces, la fantasía se me volvió necesidad.

Sabo: Luego se propuso la entrada Alfonso y yo no quería que él tocara con nosotros porque me cagaba la madre. Les decía No, pa qué queremos a ese guey aquí. Y sí, es un mamón, pero ahora lo entiendo, porque ahora somos amigos.

Alfonso: En Ariola no nos querían. Que si porque la imagen de Caifanes era andrógina, que si nos veíamos ambiguos. En pocas palabras, los ejecutivos decidieron que no nos querían por putos.

Diego: Cuando acabé la prepa ya leía revistas. El Down Beat, el Musician. Yo ya sabía lo que quería, y eso no era estudiar una carrera. Sobre el asunto mi papá tenía una opinión muy clara: Yo mantengo al que estudie, y el que no me pasa una lana. Así fue como me salí de la casa.

Topos que bailan en un reino que no está sobre la tierra sino abajo de ella, cuatro individuos que escogieron el más cabrón que bonito nombre de Caifanes recorren el otoño del ochentaisiete casi sin advertir la joda que se están poniendo. Descargan el equipo, lo conectan, tocan, desconectan y lo cargan de regreso. Lo que ganan ya lo gastaron. Toda esa chinga ejemplar, causa y efecto de un placer que no admite titubeos, así como la interminable sucesión de desgarraduras que asoman a las palabras de Saúl en medio de una desbocada orgía de ruido, no hacen sino confirmar a gritos lo que hace dos siglos muy bien supiera el joven Marqués: el placer y el sufrimiento son más grandes cuando están juntos. Y si se confunden, mejor.

Obvio: nada de esto es siquiera un poco comprensible para el ejecutivo estándar. Los primeros que se acercan a Caifanes trabajan para CBS. Tales fulanos, que son quienes saben cuáles sonidos sirven y cuáles hay que echar al mingitorio, deciden que ese jodido grupo no les es útil. La razón, declaran llenos de seguridad, es que CBS vende discos, no cajas de muerto. Ninguno se detiene a pensar que en lo referente a los ataúdes todos, ellos incluidos, son seguros clientes.

El segundo encuentro con disqueras llega vía Ariola. En un principio, la compañía les insinúa la posibilidad de un futuro. El grupo va a tocar a High Tower y algunos funcionarios llegan allí dispuestos a instalarse detrás de la barrera racional del hombre de negocios. No van por motivos de placer; están trabajando. Y esta gente, que por placer entiende tirarse a la secrete del jefe, no puede sino concluir que esos pinches greñudos no tienen una imagen sexual

definida y que Ariola no está para andar promoviendo exóticas puterías. Diego, Saúl, Alfonso y Sabo reciben así la segunda confirmación de que están haciendo bien las cosas. No hay como el semblante horrorizado de un ejecutivo para saber que vas por el camino adecuado.

El concierto le rasca las entrañas. Y poco después, en uno de los viajes a México, se encuentra con un libro repleto de rolas de B. B. King, acompañado de un disquito didáctico que facilita más las cosas. Luego se mete con muchos trabajos en la guitarra de Clapton, hasta que repentinamente es enrolado en un nuevo grupo, que entre otras cosas tiene contrato para tocar en un restorán. Alejandro se instala en el bajo, que en realidad es una guitarra a la que le faltan las cuerdas agudas, y con ella por primera vez gana dinero.

El billete obtenido a fuerza de gastarse los dedos sirve para, finalmente, largarse a San Antonio y traerse la Gibson acústica. Eso, reinvertir en la música gran parte de lo ganado con la música, se convierte en una norma que Alejandro muy rara vez va a trasgredir. Por lo pronto, y a pesar de que el dueño del restorán ya accedió a comprar un bajo Fender, Alejandro se ha convertido en un guitarrista acústico que ni para reventarse los requintos de George Benson usa guitarra eléctrica. Por lo demás no la tiene y no habrá de tenerla sino hasta los diecinueve años.

Cada vez más dentro de sus rollos y más lejos del resto, Alejandro termina la prepa y con su familia se muda a México. Entra a la Unam a estudiar Física por las mañanas y a la Nacional de Música por las tardes. En la primera dura

tres semestres, y en la segunda dos, suficientes para aprender solfeo, armonías y otras exquisiteces. Lo bastante para, por ejemplo, aturdirse hasta el estreñimiento en las fiestas donde suenan, primitivísimos, los Ramones.

La banda se llama Los Porones. Glen está en la guitarra, Miguel Angel en el bajo y Chava en la batería. Ingenuo y voraz, el grupo pasa sus días ensayando. Después Chava, fugaz baterista, vuelve a la guitarra y se convierte en el cantante.

Pero el cantante no ha dejado de jugar boliche, y los compañeros del equipo de boliche no han dejado de querer tocar. Arman entonces una banda y le ponen el nombre de Manhattan. Toca jazz crucero, rollos de Chuck Mangione y Deodato. Cuando se va el bajista, Chava se somete a un diálogo interno: Si ya tocaste batería sin saber, ¿por qué no el bajo? Los once monos de la banda Manhattan, con Chava en el bajo, comienzan a armar escándalo en uno y otro reventón.

El reventón de Manhattan dura poco tiempo. De los once se largan seis y así, con guitarra, bajo, batería, sax y trompeta, se forma la banda Cherry, misma que hace las delicias de todas las morras soñadoras de la colonia, aquellas que secretan secretos sudores con Bread y Cat Stevens. Cherry toca, como las anteriores bandas, en las fiestas de todos los cuates y en una que otra boda. Chava compone rolas que llevan verso y coro, coro y verso, hasta el agotamiento. Pero nadie se cansa y Chava, que toca todos los días, la está gozando como nadie.

Hasta la tocada de noviembre en el Hotel de México el grupo ha sido patrimonio de un cierto culto privado. Corear Mátenme porque me muero es, además de una pequeña euforia colectiva, un reconocimiento ritual entre iniciados. Pero en el Hotel de México va a tocar Miguel Mateos, argentino recién trepado a una popularidad masiva, irregular traductor y esterilizador de intensidades springsteenosas. Antes de Mateos tocará Neón y antes de Neón, Caifanes.

Entre el radio, la televisión y los carteles de la calle juntan ahí dentro una banda amplia, ganosa y heterogénea. Quinceañeras gritonas, panchos respondones, punks endomingados para la noche del sábado, heavymetaleros que se fueron con la finta, viejos apóstoles del rocanrol, neodiscotequeros enarbolando la bandera del reventón, seguidores de Neón, seguidores de Caifanes y algunos breakdancers. Cualquiera que pueda mover a todo ese personal es negocio seguro, y eso no lo duda Oscar López, productor argentino con amplios poderes en Ariola, mezclado entre esta banda. Caifanes abre la noche y sin grandes trámites pone frenético al personal. Demasiado frenesí para que un grupo como Neón pueda mantenerlos en el mismo nivel. Pero mucho antes que Neón y Mateos se asomen al escenario, Oscar López tiene ya la certeza de que quiere a Caifanes y va a llamarles.

Ahí vienen los mazatlecos, retumba el grito de alarma en una de las fiestas del Madrid, que suelen tener mejor música y mejor personal que las demás. Pero esto para los mazatlecos sigue siendo poca cosa, porque como la gente de la fiesta ya lo sabe los mazatlecos siempre están ávidos y jamás conformes: llegan

a acabarse el alcohol, a acaparar las morras y, en consecuencia, a armar concurridísimas madrizas. Con los mazatlecos va siempre Alfonso André.

Alfonso, que muy difícilmente siente deseos de romperse el hocico con nadie, ha encontrado en excesos, escándalos y otras yerbas, la milagrosa posibilidad de participar en el mundo haciendo lo que en condiciones normales rara vez se atreve a hacer. Esto es, hablar. Pasarla bien, volverse a un tiempo espectador y protagonista de un mundo en el que si quieres ser feliz tienes que andar rápido.

Los otros, maricas de presencia escrupulosa, zombies frequentadores de boutiques plásticas, réplicas impotentes de John Travolta, se han quedado demasiado atrás. Para ellos el futuro es una oficina reluciente, una mujer decorativa y un sastre confiable, mientras que Alfonso difícilmente se imagina un futuro donde la disciplina y la pulcritud, dudosísimas virtudes, tengan la más mínima ciudadanía.

Es 1978, los reyes del mundo son Pierre Cardin y Christian Dior, pero en alguna parte del mundo Johnny Rotten grita que la reina de Inglaterra es una idiota clínica. Lejos de todos ellos, aún demasiado clavado en los sesentas, Alfonso comparte ciertas utopías jipitecas, mas sigue en pie de guerra contra los tenebrosos encantos del ascetismo. Algo le dice que no es momento para renunciar a nada y él, rebelde a toda tiranía que no sea la de sus propios deseos y enemigo de cualquier forma de límite, le mete a todo.

Deimos es uno de los satélites de Plutón, mas para el personal pesado de la secundaria es un grupo de rock. Cuando Deimos, el grupo, se forma, la primera pregunta es: ¿Qué tocamos? Contemplando la lenta retirada de sus inhibiciones, Saúl alcanza a decir: Yo tengo canciones. Los demás se limitan a responder pus tráelas, y es así como de un día para otro el grupo Deimos se hace de un repertorio.

Saúl entra a la prepa y sigue en ella porque tiene más cuates que materias. Son años pachecos, y en la prepa rola de todo. En medio de tan vertiginosos remolinos, Saúl se pregunta qué es el glam, qué es el lado oscuro, qué fue el peace and love, hasta dónde va a tener que andar para poder contemplarlos.

Mientras, la nómina del grupo Deimos registra cambios sensibles. Entra Ramón, y con la alineación de un trío se forma In Memoriam, grupo que habrá de recorrer N cantidad de fiestas coyoacanas, delvallenses y sanangélicas. El radio vomita la voz de Sting y la guitarra de Mark Knopfler, Sid Vicious ya está bien frío y a los de Silver Convention no les queda más destino que el de entretener briagos en algún pianobar de Las Vegas. Son ya los ochentas y hay en la ciudad un buen bonche de monos deseosos de escuchar dos que tres guitarras en llamas sin tener por eso que ir llenarse el cerebro de flan en el hoyo de la Nueva Atzacualco. El rock, que sobrevivió los setentas entre la banda, uno y otros en las condiciones más jodidas del mundo, busca de nuevo un espacio vital donde los sonidos y los sueños sean otra vez posibles. Esos sonidos, y también esos sueños, han tomado ya completa posesión del cerebro

de Saúl. El cuento de hadas va en la tercera página y en la taquilla una de ellas te regala sonriente tu boleto para el reencarnado Magical and Mistery Tour.

Si todas las visitaciones del Arcángel hubiesen sido narradas, habría más Jesucristos que taxistas. No es la primera vez que alguien llega a pintarles de colores el futuro, así que el grupo guarda a la de Oscar López en el rechoncho archivo de las promesas bonitas y, por lo pronto, no están dispuestos a creerla. Mucho menos a andar contándola por ahí.

Pero, tal como lo había anunciado después del concierto en el Hotel de México, Oscar López se va a Nueva York, vuelve y les llama otra vez. Va en serio: es hora de grabar el disco, irse a Buenos Aires a hacer la mezcla, lanzarlo a las calles de México con la etiqueta de Ariola.

Las tocaditas siguen, y el culto también, pero esa privacidad religiosa está siendo herida todos los días. Aún no se graba el disco, está terminando el ochentaisiete y en cada concierto crece la población flotante, turistas que no van a seguir al grupo a ninguna parte pero van porque ya supieron de un sonido que, esperan, va a ser capaz de hacerles pasar bien la noche. Nadie sabe en ese momento lo que tal población flotante va a significar, ni que ese público habrá de multiplicarse geométricamente en los próximos dos años.

Poco después de iniciado el ochentaiocho, el trabajo de Caifanes sobre los escenarios se suspende temporalmente. Diego y Saúl están en Buenos Aires, terminando la mezcla. No son ellos los únicos que se preguntan cuándo va a

romperse el hechizo y dejarán de vivir las situaciones que, seis meses antes, un rockero mexicano hubiera sido incapaz de imaginar con menos de cinco fregadazos de silocibina.

Saúl: En la secundaria conocí a un cuate de pelo largo al que le decían El Payo y tocaba de pelos. Me dije: Woodstock ya está aquí.

Alejandro: Conocí a Carlos Warman, que tocaba el piano. Yo creo que él me vio así medio rockero, me checó y me invitó a palomear un rato. Nos entendimos, pero él traía rollos distintos a los míos, así que me dio un bonche de discos y me dijo: escúchalos. Eran cosas que yo no conocía: Magazine, U2, Police, Talking Heads. Yo los oía y pensaba Suena chingón pero ¿qué es?

Sabo: Cuando empecé a componer no tenía mucha capacidad para escribir letras. Ahora tampoco la tengo, pero ya me volví cínico.

Alfonso: Las Insólitas era como un lugar mágico, todo salía muy bien, pero nos peleábamos todo el día. Nos cagábamos la madre. De repente salía Saúl llorando del ensayo, mentándonos la madre. Alejandro se quedaba como catatónico, le hablabas y no te contestaba. Se iba haciendo chiquito y un rato después se largaba.

Saúl: Me salí de la escuela, me fui de mi casa, me valió madres todo. Leía cosas de ciencia ficción, o Las enseñanzas de Don Juan. Me gustó mucho la Biblia, leí tres veces Fausto. A Dante no le entendía un carajo, pero me gustaba. Enloquecí con El guardián en el centeno.

Improvisan. Han creado un lenguaje privado que les permite excesos como el de componer una canción mientras prueban el sonido, y estrenarla esa misma noche. Hacen canciones de aullidos, se clavan, se aíslan de todo lo que no sea sentir y saber que están tocando y que no hay nada mejor que puedan hacer. No saben qué es lo que están aprendiendo ni para qué sirve; sólo se dejan ir sin preguntar, el placer sólo se explica a través del placer y ninguno tiene tiempo para perderlo haciendo preguntas.

La calle es sólo la calle, pero si te da por compararte con ella vas a descubrir que siempre sabe más que tú. En especial cuando se trata de tu futuro. El grupo callejero Las Insólitas Imágenes de Aurora tiene un solo destino, y ese es el de convertirse en grupo de culto. Sus seguidores no son intrépidos rompedores de parabrisas ni metalófilos súbditos de imperios trinitrotoluénicos. Los tres monos que fundaron Las Insólitas, lo quieran o no, tocan y seguirán tocando para la banda de corazones solitarios. Y éstos, que usualmente no son más que cuerpos solos a la mitad de la noche, han hallado en el humor bizarro, neurótico, huérfano, delirante de Las Insólitas un espacio luminoso, propicio y bastante para dejarse ir en brincos y gargajos hacia una jungla perdida en el cerebro, en donde lo que se hace es contemplar el feliz arribo de una gavilla de forajidos eléctricos.

Cero planes, cero mañana, cero huellas. Tocaban como desesperados y la desesperación es algo sobre lo que no se puede mandar. Mientras existieron, Las Insólitas jamás tocaron de otra forma.

Empieza el ochentaiocho y el ruido ya llegó a la televisión. En uno de los carnavales de pacotilla de Televisa un ejecutivo, Marco Flavio Cruz, los recibe con todo el servilismo corporativo que la ocasión amerita. El mismo ejecutivo que, algunos años antes, les franqueara la entrada del estudio a las Insólitas con la más calurosa de las bienvenidas: ¿Y ustedes quiénes son? ¡Ah, sí! Ustedes son las Insólitas Imágenes de la Cagada.

Una vez que trepas por las almenas del Castillo, la vida allí dentro parece una coreografía montada para tu placer. Es como si hubieran esperado toda su vida por ti. Aunque nunca se olvidan de mostrarte la cuenta del banquete al que te han invitado: estás en el Castillo, eres un privilegiado y eso no debes olvidarlo. Así, mientras las tocaditas se multiplican y el grupo sale de la ciudad y el disco aparece, la televisión le va reservando un lugar a la agrupación genuina que alguien como Luis de Llano sería incapaz de parir. Y es que, de Llano aún lo ignora, no todos los partos vienen del intestino.

Pocos se imaginan que las cosas lleguen tan lejos, tan rápido. Ariola organiza una fiesta en el Margo: abajo, frente al escenario, ubica al personal que compró boleto, y arriba llena las mesas de periodistas, locutores y vividores, seres que por lo demás se confunden muy fácilmente. Ellos, desde la insalvable distancia de sus mesas y su mezzanine, pueden observar lo que es un concierto de rock. Hasta ahí, la estrategia es perfecta. El problema es que junto a Caifanes programan sus otros dos lanzamientos: Alquimia, una jipiteca sacada del jurásico inferior para fusilarse a Nina Hagen; y Neón, con un sonido más dócil que los ladridos de un faldero tratado con electroshocks. Más que un concierto, parece una pelea de box arreglada. Caifanes suena madreador, Neón y Alquimia se van madreados. Este tongo eléctrico, previo al lanzamiento del lp de Caifanes, pinta un paisaje que permite adivinar, sin muchos trabajos, de qué lado masca la iguana en el rock de México. Los invitados al reventón salen con breves adelantos discográficos de tres respectivos álbumes. El color del futuro, la clase de futuro cuyas luces ya puedes ver por el retrovisor, no está en los chillidos de Alquimia ni en los malvaviscos de Neón. El porvenir es un aullido que habla de una enfermedad, una fotografía y un entierro.

La prepa le trae la posibilidad de tocar en serio. Es decir, tan en serio como es posible hacerlo cuando nadie te ha enseñado y tienes por colegas a una bola de libertinos que, para acabar de cagarla, son iguales que tú. Así, Alfonso forma su primer grupo con ellos, los cuates de la prepa.

No se preparan gran cosa, pero cuando se enteran ya está preparado todo para una tocada junto a Kerigma, en Coyoacán. El cerebro musical del grupo es Julián Brody, y el nombre de la cantante es Mariana. Como el grupo no tiene nombre, alguien que no es ninguno de ellos los bautiza como Los Ejes Viales. Con el nombre, el grupo está listo para aprovechar la oportunidad y tocar en su primera chamba, un festival del Psum. Todo queda listo, con la notable excepción de Alfonso André, baterista que se está zurrando de miedo porque resulta que cosas como el escenario y el público le caen peor que una orden de tacos de kryptonita verde a Clark Kent.

Sólo hay a la mano un antídoto capaz de hacer que Alfonso suba al escenario sin que lo despedacen los nervios: en la etiqueta dice Appleton y dentro trae un litro. Alfonso se mete más de la mitad del milagroso líquido antes de subir. El resto se acaba entre rola y rola, intervalos que el baterista aprovecha para huir hacia el camerino por una nueva estocada del tesoro jamaiquino. Mientras, la tocada está resultando, por decirlo bonito, desastrosa. Nadie se luce y Mariana está cantando peor que de costumbre, lo que ya es decir bastante. Tocan un cover de Police, So Lonely, que los instala velozmente en el temido territorio del Ridículo. Terminado el suceso, la banda decide que lo

mejor es olvidarlo. Y todos lo olvidan menos la cantante, que de la tocada se lleva de souvenir el nombre que ya no se va a poder quitar: Mariana Solonely.

Cuando Andrés Nuñez, primo de los vecinos de Glen, le dice tocas pocamadre, Chava no sabe que esa impresión va a cambiarle sus intereses, su vida y también su nombre. Andrés lo conecta con el honorable Oscar Sarquiz, visceral crítico y seminal músico que anda por ahí jugándole al Robert Fripp en un grupo literalmente inaudito: Ruido Blanco, banda que no le caga a todo el mundo pero sí a buena parte de él. Chava no ha escuchado tales excesos, pero cuando llega a su casa el mundo le queda estrecho. Avisa, como María diciéndole a José Ahi me echas un grito si viene a buscarme el Gabriel: Me-va-a-hablar-Oscar-Sarquiz.

Sarquiz, efectivamente, le llama. Antes de darse cuenta, Chava está con él esperando al resto del grupo. No sabe cómo ocultar su bajo de juguete, pero en cuanto escucha al grupo ya no puede pensar en nada porque se ha quedado pendejo. Pendejísimo: los sonidos que escucha van algunos kilómetros más allá de todas sus referencias. Para colmar sus asombros, Chava es reclutado en Ruido Blanco. Esto parte su historia en dos. Qué razón tiene Milton Nascimento cuando dice que ya nada será como era. Sarquiz, heredero de la fantasía y los fervores de Juan el Bautista, le da una manita en este nuevo universo prestándole su bajo y bautizándolo con el nombre de Sabo.

Si nuestra civilización fuese destruida por un holocausto cualquiera, es importante que, junto a las sonrisas afirmativas de los imbéciles, quede en número razonable y equivalente una bien dosificada colección de negaciones: nunca, ninguno, tampoco, falso, imposible, nadie, nada, no. Ello impedirá a las futuras civilizaciones advertir que la nuestra fue integrada por idiotas profundos -cosa que nosotros, ya en confianza, no estamos en posición de dudar.

**Escrito en los mingitorios de un estudio de
televisión.**

Muerte en vida y vida más allá de la muerte. Para el supervisor de un grupo de jóvenes vendedores, se trata de temas prohibidos, porque la mayoría de los vendedores considera que para hacer su trabajo deben pintar al universo como un luminoso carrusel dónde todos somos imbéciles. Ese supervisor nunca sabrá explicarle a su hija cómo Mátenme porque me muero es uno de los grandes chingadazos discográficos del ochentaiocho.

Según Pete Townshend, un dos por ciento de los asistentes a un concierto se fijan en las palabras que escuchan, aunque la frase no deja de ser un truco ingenioso de su creador para que nosotros nos fijemos en sus palabras. Townshend tiene razón, pero en este caso específico su razonamiento sólo explica las cosas parcialmente: éste no es un concierto, es un país, y en una y otra ciudad de este país se escucha tercamente el mismo aullido. A lo mejor, quién sabe, los vendedores están un poco equivocados, y los conceptos que no paran de babear, a los que pomposamente llaman Pensamiento Positivo, no

sirven para un carajo. Un pensamiento capaz no sólo de prescindir de la idea de la muerte, de resolver todo conflicto con la sonrisa de un muñeco de ventrílocuo y proponernos la clase de felicidad que se vive en una granja modelo para deficientes mentales, sino de, horrenda y culera tiranía, atreverse a derogar la única palabra que puede enfrentar dignamente al débil con el poderoso, la más hermosa de todas las palabras: la palabra no.

La televisión no les enseña a decir sí, el radio tampoco. Pero repentinamente el nombre Caifanes aparece en los lugares menos previstos. Durante la conferencia en que presentaron el disco a la prensa, ciertos reporteros insistieron en hacer preguntas sociológicas, y el resto preguntó pendejadas diferentes, aunque de rigurosa equivalencia. Nadie, como es costumbre, se cuestionó qué transa con la música. Pero un día parte de esa música invadía lugares que estaban más allá de las viviendas de los corazones solitarios alumbrados por las pringosas ratas del rocanrol. Súbitamente Mátenme porque me muero se cuela a las vecindades, las vulcanizadoras, los colegios de niños decentes, los puestos de atole, los clubes privados y los carros de hot-dogs. Y es en este momento, no antes, cuando empresarios musicales, productores televisivos y demás bichos naturalmente codiciosos ven la oportunidad de sacar provecho de un sonido que, finalmente, no ha sido fabricado en el despacho de un mercenario constructor de replicantes. Ninguno de ellos parece recordar la película de Tin-Tan, pero los cuatro monos que se siguen nombrando Caifanes sabe muy bien el origen de su primer éxito radial. Los ignorantes, ciegos de una ambición sospechosamente ratonera, no conocen

la historia de Mátenme porque me muero y así, cumpliendo el refrán al pie de la letra, se ven obligados a repetirla.

Alfonso: En los setentas me cagaba la música disco, aunque ahora ya más bien se me hace chistosa.

Sabo: Mi cultura musical había llegado, en progresivos, hasta King Crimson. De repente, oigo a los de Ruido Blanco. Lo que yo hice en esa banda es lo mejor que he hecho en mi vida.

Saúl: La primera tocada de mi vida fue con Deimos, en la glorieta del metro Insurgentes. Iban a tocar La Caja de Pandora y Mistus, pero los de La Caja no llegaban. Necesitaban un grupo, les dijimos que éramos un grupo, y nos metieron. Fue algo así como una eterna sobredosis de orgasmo.

Alejandro: Atrás del telón se oía un bajo de poca madre y yo dije ¿Qué onda con ese bajo, quién es? Era Areán, el que ahora está en Bon. Tenían un grupo que se llamaba Cáscara, con Bon y Giacomán. Yo de plano le dije Te propongo entrar a tocar con ustedes.

Un tanto cerca del autismo, Alejandro se encierra a inventar sonidos y grabarlos. No es la clase de músico preocupado por conservarse al pendiente de las novedades discográficas. Conservar no es, de hecho, un verbo que le vaya muy bien. Conoce a Police con el Regatta de Blanc, se clava en él y le basta. No se entera del Ghost in the Machine ni del Synchronicity. Cuando lee el anuncio que solicita guitarrista para grupo de rock y blues no tiene que pensarlo. Con el dinero que ganó dando clases de física y matemáticas va y se compra una guitarra eléctrica.

Tres o cuatro veces tocan en territorios de banda. Y la cosa dura hasta que una novia lo conecta con el personal del grupo Cáscara. Se pasa una noche entera tocando con Areán y al día siguiente ya está en Cáscara. Ensayan varias tardes pero no llegan a ningún lado. De modo que Alejandro le propone a Areán hacer otro grupo, conchavándose para la batería a Octavio Natera. No lo dudan, y de ahí sale una nueva banda a la que llaman Leviatán. Ese es el lugar donde las canciones de Alejandro conocen lo que se dice el aire libre, y donde se dedica a componer una canción detrás de la otra.

Tocan donde pueden, porque no hay nada más importante que tocar. Y de las tocadas va saliendo en lentos pujidos lo imprescindible, o sea el equipo. Un pedal, un amplificador, apenas lo elemental para un guitarrista que ya es parte del rocanrol. Cuando muere Leviatán, Alejandro se va con Francisco Mondragón a estudiar algo de jazz y canto. El resto de sus horas hábiles las pasa persiguiendo la irregularidad de un sueldo obtenido dando clases de guitarra, matemáticas y física. No es la peor manera de sobrellevar el

desempleo pero este nuevo exilio, parte natural de la cadena de destierros sin más destino que el de sucederse, como las epidemias y los terremotos, habrá de terminar súbitamente.

Como termina la calma de la beata con la visitación de un Arcángel, como el sicópata que en un segundo contempla el futuro de la doncella, como los gatos olisquean en la hembra el principio de sus propios ardores.

La banda no está muy lejos del trueno. Es el ochentaids y llevan dos años de rolarla juntos. Pero una de las improvisaciones de la vida, que en asuntos de jazz le da tres vueltas a Jarret, los lleva de repente a una gira europea. Un cuate asentado en Alemania organiza un circuito universitario de cuarentaicinco fechas. Y no es que el viaje o las tocaditas les salgan mal, pero la gira europea termina siendo la despedida de la banda. Todos están podridos de tocar juntos y Diego, al fin solo, se mete a uno y otro proyecto, incapaz por el momento de juntar una banda. Lo importante en este momento no es tanto hacer lo que quiere sino lo que necesita, y ve claro que no hay nada más necesario que poder dedicarse a la música de tiempo completo. Esto es, buscar trabajos musicales con propiedades alimenticias y buscar lugares donde poder desarrollarse como músico. Hallar las dos cosas en una sola se ve tan difícil como encontrar paquetitos de hash en el departamento de tabaquería del Palacio de Hierro.

Y Diego no encuentra nada, pero por lo pronto alguien lo encuentra a él: Olivia Molina, folclorosa mexicana radicada en Alemania, viene a buscar mariachis. Llega directo a Garibaldi, pero el requisito básico para los elegidos es que, además de La Negra y El Rey, estos mariachis le metan un poco al canto nuevo. Es obvio que no encuentra nada, pero alguien la conecta con Federico Arana y éste se encarga de formar al mariachi Los Jumiles, creado para revivir por igual el ambiente del Tenampa y el de la peña Tecuicanime. En Frankfurt. Dentro del avión, además de los ya mencionados, va Diego.

El debut de Los Jumiles habrá de suceder en la televisión alemana, en la Opera de Frankfurt. Se arma un programa musical que pretende recorrer varios universos musicales nacionales. Está Piazzola, está una banda de swing, y en la parte mexicana el mariachi. Hay ensayos todos los días, cada parte queda escrupulosamente lista, y a la hora del espectáculo sube al deslumbrante escenario el mariachi Los Jumiles. Cucurrucucú, Cielito Lindo, una plasta diarrea de ruidos por los que cualquier mariachi garibaldense hubiera merecido la lluvia de varias bacinicas. Los enanos de Werner Herzog lucen un poco menos grotescos.

Marcelo y Satanela, empeñados en quedarse con la supuesta fortuna de Tintan, hacen todo por abrochárselo en la peor acepción de la palabra. Ello es sólo el principio, porque llega el momento en que los enemigos del protagonista ya son legión, y su objetivo común es, de cualquier manera, ponerle en su madre.

Saúl nunca se molestó en decirle al público de todas estas pirañas que montan conciertos fantasmas, venden el doble de las entradas, se cagan en los contratos o los escriben con lógica de saqueador. O de los que inventan noticias para vender mejor la edición de la tarde, adelgazan o engordan las entrevistas de acuerdo a su piruja conveniencia y reclaman de sus entrevistados el agradecimiento de un perrito callejero recién alimentado, so pena de ser hechos cagada en su periódico. O los que les piden que no confiesen por la televisión que una de sus rolas tiene origen cubano, como si tal confesión fuese a provocar las eyaculaciones simultáneas de los hermanos Castro, Raúl y Fidel. Porque Saúl nunca habla gran cosa frente al micrófono, más allá de ciertas ironías con las que, velada o literalmente, manda al malinchismo a tener un coito con la autora de sus días.

Cuando Caifanes aparecen, con Bon y los Enemigos del Silencio como agradecida contraparte, en el programa más popular de la televisión mexicana, uno tiene que checar el canal, el reloj y el nivel de la botella de Smirnoff para saber que no son visiones. Verónica Castro, anfitriona de todos los cacagrandes del mexican showbiz, aquellos que han sido señalados por el dedo sodomita de

Televisa, se viste de lo que los productores piensan que es una rockera y platica muy animada con Caifanes.

Obvio: Alfonso, Diego, Saúl y Sabo no tienen la más meretriz idea de cómo aparecer divertidos y simpáticos frente a las cámaras de un programa planeado para ser así: divertido & simpático. Los cuatro se dedican a defenderse de las preguntas de un teleauditorio participativo que llama constantemente. Esta clase de público, acostumbrado a llorar cada que cumplía años Pedro Vargas, no logra entender cuál es la necesidad de, por ejemplo, traer esas greñas. Porque en México antes, durante y después del sesentaiocho, un greñado es un ser mucho más espantoso que un torturador. Este último, al menos, tiene el buen gusto de andar de traje. Detalle que evidencia una loable voluntad de superación.

No me preocupa lucir estúpido, porque éste no es un show.

Esto es mi vida.

S. Townshend. **Fraternidad y anagnórisis: las
divinas enseñanzas de Saint Peter.**

Todos éramos unos pinches egoístas de mierda, le confiesa Federico Fong, bajista, cuarto integrante de las Insólitas, a una botella de Lager. Después llegó el Pecas, que según el sindicato se llama Armando Martín, y más tarde reclutaron a Beto Delgado. Las Insólitas pueden hacer el doble de ruido, pero siguen levantando la misma lana, que por lo demás sirve para poco menos que un carajo. El grupo tiene dos años y un aceptable prestigio, pero no puedes ir a Veerkamp y decir me llevo la consola y las dos guitarras, cóbrese con estos cinco kilos de prestigio.

Luis de Llano, el connotado alquimista capaz de fabricar oropel con excremento de un día para otro, sí puede inventar famas y obtener crédito. Así es como ha reclutado a un baladista argentino y lo ha vuelto estrella de lo que él llama rock, usando en la maniobra todos los recursos que, por ejemplo, los seis monos de las Insólitas no son capaces de imaginar.

Alfonso llega con la noticia: están promoviendo a un guey que se llama Laureano, y necesitan músicos que toquen con él en la tele, una pinche cosa horrible. El karma negativo del asunto no puede estar más claro: si aceptan,

van a aparecer en la televisión como colaboradores activos del Imperio de la Mediocridad. Pero si se niegan es peor, porque el citado Imperio va a crecer de todos modos y ellos, angelitos de transparente pureza, se van a podrir con un equipo semicasero que no es solamente mediocre, sino que está escandalosamente jodido. Alejandro razona: este rollo es espantoso pero aquí hay lana. El grupo de culto Las Insólitas Imágenes de Aurora termina por aceptar lo que nueve años antes tuvieron que asumir Sting, Summers y Copeland antes de hacer el comercial de una pasta de dientes: ponte a negociar tu imagen si no quieres terminar negociando tu música.

Poco tiempo después, contratados en calidad de fintadores del playback, los monos de las Insólitas aparecen en XE-TU como los músicos de Laureano Brizuela. Y no tardan en aparecer en las tiendas de instrumentos. Esta vez como clientes.

Entrando el ochentaitrés, Ruido Blanco va desapareciendo, como se termina la calentura en el enfermo bombardeado por toda una artillería de antibióticos. Pero de Ruido Blanco nace El Método del Ritmo y Sabo Romo se deja ir feliz hacia el nuevo encantamiento.

El Método del Ritmo no es menos bizarro que Ruido Blanco, pero en un cierto sentido puede ser tomado como más asimilable por los no iniciados. Por lo menos, quien escucha al Método no se siente agredido por unos gritos, unos acordes y un sentido del humor que generalmente rebasan sus pulcros límites. El Método ya no interpreta la en ciertos círculos muy gustada *Fajosos' Song*, pero trae el cachondeo necesario para poner al personal a mover las más prostituibles regiones de sus maculables cuerpos.

Un día, la Embajada del Reino Unido de la Gran Bretaña necesita de algunos músicos para amenizar una fiestecilla, e inexplicablemente contrata a los monos del Método. Contra lo que pueda pensarse, el osado funcionario consular no se equivoca: los respetables asistentes desafían a su edad y sus preferencias musicales para bailar con la agrupación más extraña e irritante del momento.

Son tiempos de heroísmo. El dinero está en otra parte y no hay quien toque por dinero. Sólo el Tri, tres monos que recorren los hoyos más marginales y apestosos del país con un ruido que no le va muy atrás a cada lugar, puede considerarse un mediano negocio. Mientras, Sabo y los demás graban un pequeño demo en el baño de la casa de Oscar Sarquiz. Ninguno de ellos

necesita escuchar las viejas profesías de Johnny Rotten para saber que no hay futuro.

Alfonso termina la prepa con un interés por la biología que no es otra cosa que la herencia científicista del flower power. Así, se clava a la Universidad Metropolitana de Xochimilco a estudiar Agronomía, ocupación que se conserva viva por exactamente un trimestre. Lo demás está, entonces y siempre, lejos de ser lo de menos.

Había digerido el new wave con muchos trabajos. La nueva música le resultó tan impenetrable que cuando Police, seguramente el grupo más influyente de los ochentas, tocó en México, Alfonso se negó a ir por un motivo que no admitía discusiones: le dio hueva.

Pasado el legrado de Los Ejes Viales, se dedica a tocar con quien puede. Años después, cuando habrá adoptado una forma de vida de algún modo casera, sus colegas se referirán al Alfonso de 1983 como “un guey que se ponía hasta el culo y era feliz palomeando”. Uno de estos palomazos lo hace fugaz parte del no menos fugaz grupo María Bonita.

Lejos de ahí, en el mundo del deber, Alfonso piensa las cosas de nuevo y se mete a estudiar Diseño Gráfico. Es muy posible que, incluso si la fiesta del diecisiete de marzo no hubiese sucedido, Alfonso tampoco se habría titulado como diseñador. Pero esa fiesta le rompe toda posibilidad de permanencia en el universo estéril donde dos más dos suman cuatro. A partir de la primavera

del ochentaicuatro Alfonso encuentra un trabajo fijo en Las Insólitas Imágenes de Aurora. Jala la manija del depósito y el universo precedente desaparece con todas sus promesas. Entre los restos de ese pasado se hunde, caca insípida y mojada, la Universidad.

Superación, desesperación, desolación, rocanrol. Verónica Castro hace lo que puede por matrimoniar conceptos, entender y traducir un rollo al que no pertenece y para el que no hay precedentes televisivos. Para joderla completa, tiene con ella a cuatro tipos que, igualmente incapaces de traducir rollos penumbrosos a un idioma que puedan entender los gueyes que dieron su primer beso con una canción de Jorge Muñiz, emplean una cantidad industrial de tiempo televisivo --para los anunciantes, más de diez mil dólares el minuto-- en decirle a todo el mundo que ellos se visten así y cantan esas canciones y cargan esa greña por una pura y simple hinchazón glandular, reivindicando, en suma, el sagrado derecho de cada cuál a vivir de acuerdo a sus recabrones caprichos.

No obstante todo, las dos horas que comparten con Bon en la tele los lanzan a una fama que estalla al día siguiente en las banquetas y en los almacenes y en las oficinas donde más de una secretaria sueña con tener a un mono así dictándole un memorándum. Esto, la capacidad de cada quien de sublimar sus secretos apetitos de caos, abre a Caifanes las puertas del gran público. Saúl no tiene siquiera tiempo de decir que esa noche lo hizo sentir desvirgado: las cosas se suceden con la rapidez necesaria para que, con la consecuente decepción de algunos devotos, Caifanes se muevan de todas

partes hacia todas partes. Ellos, cuyo sonido respalda el ruido que Bon aún no estaba listo para respaldar, son contratados para tocar en antros y pueblos, incluso lugares donde nunca antes se había parado una banda.

Pasado el verano del ochentaiocho, si uno quiere ver a Caifanes en Rockotitlán tiene que formarse desde las cinco y media para tener una entrada segura a las nueve con treinta. Gran parte de los integrantes de la gorda y culebreante fila que baja por toda la rampa hacia la calle y da vuelta en la esquina, se van a su casa con hongos en los pies y sin haber entrado. Así, el grupo es contratado para otros lugares. En el Andy Bridges de Satélite se va la luz y los deja atorados media hora en el elevador del escenario. En Totoltepec, Diego se asoma a checar al personal y le zorrajan una pedrada en la jeta.

Alfonso: Las Insólitas era un pinche grupo bien raro, no sé cómo le gustaba a la gente. Tocábamos bastante mal, además.

Alejandro: Cuando nos peleábamos, Saúl me reprochaba que mis canciones estuvieran muy fresas, y yo a él le decía que las suyas estaban mal hechas. Pero a la hora de tocar éramos tan felices que no importaba.

Diego: Yo me escuchaba tocar y me decía *Estás jodido, estás jodido*, pero pensaba *Estudia, estudia*. En momentos ya no le encontraba placer. Me desesperaba y volvía a lo mismo: *No la estás haciendo, dedícate a otra cosa*.

Alfonso: Vivíamos Carlos Marcovich y yo solos en su casa. A veces no teníamos una chingada qué comer y ni un quinto para ir al súper, así que nos la pasábamos trepados como changos en el árbol de higos, tragándonoslos.

Coming to take you away: de In Memoriam ya no hay regreso, aunque el único futuro posible para In Memoriam sea justamente la sepultura. Cuando entras al rocanrol en calidad de refugiado no te queda más opción que moverte en él, dormir en él y cuidarte mucho de nunca salir de él, porque afuera está lloviendo. Al tronar In Memoriam Saúl se encierra por un tiempo. No mucho tiempo: conoce a Leoncio Lara, que como él anda buscando nuevas compañías, y juntos forman Frac.

Con Frac, los sueños de Saúl no tendrán muchas oportunidades ni mucho tiempo para despegar. Entran a un concurso de discos Peerless, tocan donde pueden, recorren algunas fiestas. Es el ochentaicuatro, el Dangerous Rhythm ya se llama Ritmo Peligroso y en los almacenes uno puede escuchar de cuando en cuando Marielito. No es momento para estar fuera de un reventón que se ha extendido con obstinación viral. Saúl Tiene que ejercitarse, conservarse en forma, y su manera de hacerlo es Frac.

La relación de Saúl con Frac no se disuelve poco a poco, no tiene las grandes crisis. De hecho, Saúl sale de Frac por obra, gracia y maniobra de un accidente. Un puro, incongruente, desquiciado, e imprevisible accidente.

No son las Insólitas el único lugar donde Alfonso bebe los agridulces elixires del rocanrol. Por el contrario, el baterista del grupo apenas se da tiempo para aparecerse en las tocaditas porque su vida se ha vuelto una exigentísima conyuge y le reclama demasiado de su tiempo.

La vida de Alfonso sucede toda de noche. Para 1984, ha dejado de palomear con sus amigos los hermanos Tarriba, María y Jesús --quienes para él son, ya entrados en simbolismos bíblicos, Sodoma y Gomorra--, pero los conserva para compartir con ellos la inaplazable ocupación de rolarla de noche. O de día, cuando la noche se niega a terminarse y el alcohol sigue fluyendo a la que para los demás es la hora de la comida.

Cuando una de sus hermanas llegó a la casa con el rollo de que quería ser actriz no sabía que estaba pavimentando el camino que, años después, iba a recorrer él. De algún modo, en la casa quedó claro que los accidentes son cosas que pasan. Pero llega un momento en que la conducta de Alfonso se vuelve incompatible con su familia, y lo corren.

Así, Alfonso pasa una temporada comiendo lo que encuentra, y acaba llevando la luz a la Quiñonera, domicilio oficial de los hermanos Quiñones, que antes de alcanzar un cierto prestigio como pintores ya habían hecho de su casa una legendaria sede de reventones. Alfonso llega allí con su morra, Laura, y tienen la delicadeza de instalar gas y energía eléctrica, comodidades que para los Quiñones y demás inquilinos se habían convertido en raros exotismos del pasado. El dinero, por supuesto, no sale tocando con las Insólitas, ni menos

diseñando sus volantes publicitarios, sino haciendo playbacks en la tele. O agarrando trabajitos espontáneos, como aparecer como protagonista en Crónica de Familia, película en la que deja envolver, más que por el dudoso placer de enfrentar una cámara, con la intención de pagarse otra batería y de enredarse, de ser posible, con la otra protagonista, Claudia Ramírez. La serena frialdad con la que Alfonso aparecerá en la película interpretando a un mono que tiene exactamente su mismo carácter se debe exclusivamente al hecho de que durante toda la filmación se niega a permanecer cinco minutos en sus cinco sentidos.

Las broncas no se detienen. Alejandro quiere invertir el dinero en equipo y desvía hacia allá los fondos, a riguroso huevo. Los otros se resisten a la idea de no poder comprarse ni un jodido disco con el producto de su sacrificio. Pero gastarse esa lana en lugar de invertirla es como si Cristo se baja de la cruz para poner un cabaret. Ya lo dice San Mateo: si te pusiste tantas chingas, de menos que sirvan para algo.

Las chambas en los playbacks se van multiplicando. Hay trabajo con Miguel Bosé y con Alaska, remedos que también quieren tener a su lado rocanroleros genuinos por la razonable cantidad de cien dólares. Esta costumbre, heredada de los putos de closet que alquilan damas de compañía para cubrir las apariencias, se revela como la única alternativa viable para armar la clase de exotismo que, en el país de Guadalupe Superstar, resulta perfectamente compilable por la Enciclopedia de la Extrema Excentricidad. Esto es, una banda de rock genuina y bien armada. La autenticidad es una difícil flor

que a veces crece en las alcantarillas, y los monos de las Insólitas tienen toda la necesaria. Pero las armas cuestan dinero y por el momento están en poder de los pendejos. De modo que la banda se aventura en la osadía de meterse al Reino de la Estupidez. Posiblemente van a hacer el papel de estúpidos, pero después tendrán que regresar a sus casas y allí van a hacer música.

Alejandro tiene prisa, y lo peor de las prisas es ver que no pasa el camión. Las Insólitas van para los tres años de vida; su capital es un bonche de canciones inéditas, algunos videos ingeniosos, cierta currícula televisiva, muchos kilos de testosterona, un equipo que mejora con los meses y una desesperación que crece todos los días. Unos usan maquillaje y los otros mientan madres, pero ni el glamour ni las blasfemias sirven para pagar un alquiler.

Buscar otros rollos, usar más maquillaje, exigir más entrega, soñar con nuevos infiernos, hacer más ruido o nada más tener la cabeza en otra parte son las opciones que cada uno, dentro de la banda, va tomando. Saúl descubre que ese es el camino más seguro para estar fuera de la banda. El día que se juntan para mirarse al espejo, se encuentran, como quien vuelve de la anestesia con una pierna amputada, con que las Insólitas Imágenes de Aurora ya no existen.

Nada más impredecible, sin embargo, que el desquiciado éxito de la rola con la que, disipando un poco de bruma, solían cerrar los conciertos. La primera que Caifanes tocaron sobre un escenario. Ariola edita un disco sencillo que incluye tres versiones de *La Negra Tomasa* y una de *Perdí mi ojo de Venado*.

Lo de menos es que el rumbero Pepe Arévalo se moleste y los tache de oportunistas. Lo de menos es que los ortodoxos del rocanrol se enchilen por tal mestizaje. El punto es que ni la compañía, ni el grupo, ni los más fieros zorros de la mercadotecnia pudieron jamás imaginarse que por ese disquito pudiesen azotarse con un billete cientos de miles de monos de México y de varias partes más. La ficción supera a la realidad y 1989 se convierte en el más impensable de los escenarios para unos gueyes que, dos años antes, pagaban por tocar. La compañía descubre que Caifanes, los deprimentes, la competencia rockera de Eusebio Gayosso, va alcanzando los niveles de rentabilidad de José-José y Juan Gabriel. Para los puristas, esto es un sacrilegio.

Esta clase de rockero mexicano, acostumbrado a rendir culto a la mediocridad y al fracaso, capaz de indignarse hasta la espuma en el hocico si ve a su novia bailando una cumbia, es heredero de la misma clase de vicios islámicos de quienes nos regañan por jugar con el lenguaje cual si se tratara de los calzones de su hermana; esos oscurantistas que dejan de pensar en el escote de la secre cuando escuchan el himno nacional; aquellos puros que desearían verte siempre hundido en la misma mierda donde ellos conformes, seguros, retozan y chapotean.

Sobra decir que todo este hipocritón espectáculo de los golpes de pecho hizo las delicias del público rockero más iconoclasta. La clase de público al que no le molesta que el dependiente, la cajera y el chavo de las bolsas del súper los feliciten por llevarse el sencillo de *La Negra Tomasa*. Ellos comprendieron muy bien lo que los enterados chiítas no quisieron asimilar: el hecho simple de que la rola con que Caifanes cerraban sus conciertos desde el ochentaisiete llegase a las setecientas mil copias vendidas en el ochentainueve no convertía al grupo en un símbolo de prostitución ni de trivialidad ni de oportunismo rumbero ni de complicidad con el Gran Capital. No lo convertía en nada, pero si de simbología se trata, podemos decir que *La Negra Tomasa* volvió al nombre Caifanes, algo así como un símbolo democrático. Eso, para los chiítas, es imperdonable.

Las Insólitas Imágenes de Aurora se han ido al Limbo y no parece haber nada que Alejandro pueda hacer para traerlas de regreso. Alfonso no quiere tocar más con él. Los sueños pierden toda ciudadanía una vez que la realidad abre tus párpados a patadas. Después de las Insólitas, en la orilla de la Nada, Alejandro siente miedo. ¿Sabe tocar las canciones del grupo, y nada más, o sabe otras cosas? El aborto de Las Pistolas de Platino era predecible, pero los demás se regresan a sus proyectos y Alejandro, que sólo tiene los playbacks en la televisión, decide largarse a un nuevo exilio, sitio desolado cuya más alta prioridad es la simple supervivencia.

En uno de los playbacks, todavía al lado de Alfonso, Alejandro había sacado un libro. Cuando dejó de leerlo fue por una escoba y se dedicó a barrer el escenario. Fue así como se les acabaron esas chambas. Y es de allí, de los trabajitos junto a gente como Laureano Brizuela, que se le aparece la idea de convertirse en un músico pagado, un profesional a sueldo obligado a justificar sus ingresos no con creatividad ni con iniciativa sino con plana eficiencia. Esto le dará, piensa, la experiencia y el dinero suficientes para, en un futuro, volver a lo suyo con una conciencia y una infraestructura superiores. Mientras, como parte del proyecto de autosuficiencia, se muda a vivir solo y empieza a gastar dinero en pagar una renta.

No lo piensa más, no tiene nada qué pensar. Quiere saber más música y para ello necesita del paradójico sacrificio de meterse a trabajar con gente que hace basura de música. Necesita probarse que él, Alejandro Marcovich, que ha sido capaz de poblar de caos al vacío, puede también consumir el sacrificio

de ser un trabajador eficiente y sólo eso. Tiene que demostrarse que es un músico, y para ello necesita ver a los dueños del dinero pagarle un sueldo por tocar la guitarra. Husmeando, se entera de que Brizuela quiere cambiar a su guitarrista. Se hace presente, se entromete. En tres días se aprende todas sus canciones y, de un día para otro, está dentro. El reto no es ser retratado con esa banda de plástico sino, solamente, poder reconocerse en una frase: soy músico y toco para vivir.

Saúl no es un guey que toque o escriba para decir lo que sabe, porque de hecho seguridades tiene muy pocas. Saúl está en el rocanrol para descubrir lo que todavía no conoce. Ello explica que en sus rolas escaseen las soluciones, e ilustra muy bien el temor de los ejecutivos a patrocinar rollos que no conducen sino a carreteras sin iluminar, sin pavimentar, sin destino ninguno porque esas dudas, búsquedas erráticas en un bosque de espejos, se han atrevido a ser un destino en sí mismas, taladrando ferozmente la estabilidad emocional de quien las deja entrar.

Buscando, acaso tratando de encontrar una salida corporal a la cárcel sedienta mística que es su cerebro, Saúl se inscribe como alumno de danza clásica. Vieja fórmula: el placer de los sentidos acude al rescate de un razonamiento en pleno naufragio. Saúl impone sobre su cuerpo, hasta entonces un extraño, la disciplina a la que sus neuronas se niegan a someterse, más interesadas en explorar la cara oscura de las cosas que en asumir a la realidad como un espacio domesticable, gobernable, medible. No es la cabeza de Saúl un lugar donde puedan sobrevivir pensamientos de origen algebráico.

Cagado de vergüenza, con la pudorosa colaboración de unos pants --le horroriza la idea de usar mallas-- Saúl alterna su trabajo en las Insólitas con lecciones y exhibiciones de danza en las que todos los días descubre la existencia de un yo mucho más poderoso de lo que su hermetismo le ha permitido conocer. Un yo que se cansa y que demuestra dolor en músculos que el otro, el que imagina, el que ha vivido el resto de sus años con una indescifrable nostalgia del estado de gracia, no sabía que estuviesen en el que después de todo es su cuerpo; que siempre han estado allí, amantes silenciosas cuyas forzadas castidades aguardaron pacientes el momento de ser vestidas de una obscenísima, disponible desnudez.

Cuando, un año antes, grabaron el disco, obtuvieron con él la rara certeza de existir. Eran, después de todo, una banda, pero difícilmente podían imaginarse que en la primavera del ochentainueve iban a gozar de una situación que, en México, sólo un lunático hubiese previsto: abrir el concierto de Rod Stewart y poner a más de setenta mil monos a cantar con ellos.

En Querétaro, los de Neón y los de Bon habían sido engañados. Abrían ellos el concierto de Rod Stewart porque Caifanes se habían negado a poner el equipo, poner el transporte y poner su trabajo por el cuestionable privilegio de tocar a media luz y mínimo volumen frente al público de Stewart. Sin que se les diera un puto quinto para cubrir gasto alguno. Televisa Radio, metida en la organización del concierto, no se cansó de soltarles cuanta caca pudo. Sus pulcros locutores, niños pendejos que dominan la fonética inglesa como

cualquier chica bilingue que se sopla, entre otras cosas, toda la edición americana del Cosmopolitan, levantaron su airada voz contra la banda. Ellos, despechadas amas de casa a las que Raphael no quiso dar un besito en la Zona Rosa, pasaron la víspera del concierto cagoteando a la banda que se negó a gastarse varios millones de pesos en tocar de gratis no para el público, que de cualquier manera apenas habría podido verlos y oírlos, sino para los organizadores, que siempre lo merecen todo de todos porque carajo, pertenecen a Televisa.

Para los locutores y sus patrones, la situación no puede ser más absurda: la sirvienta le dice al galán del Lamborghini que puras habas de su pinche final feliz. Pero la Justicia Divina, obligado protagonista de toda telenovela que se respete, no va a dejar las cosas así: el empresario que contrató una fecha con Rod Stewart en Guadalajara ofrece a Caifanes lo que a los otros les pareció un derroche intolerable: ya no una lana por su trabajo; de menos, el equipo y el transporte. Lo que este segundo empresario no pudo prometerles, y que ellos jamás se hubiesen atrevido a fantasear, es que el público se encendiera, coreara una tras otra las rolas y provocase en la gente de Stewart el rarísimo gesto de encenderles las luces patrimonio del Big Show, nunca de ellos.

La tocada es radiodifundida en Guadalajara, y así los radioescuchas pueden enterarse, en el momento mismo del suceso, que una vez más Saúl le está mentando la madre a la morra de Hernán Cortés. La juventud que de noche se calienta manoseando el rosario brinca. Se les cae del nicho el santito, se les frunce la conciencia, sienten pelos por allá, se les quema el culito de

indignación. En el radio los vetan y las vírgenes de la Universidad Autónoma le juran al sacerdote que nunca estuvieron allí. XE-KKK y WX-Schutstaffen prometen que en adelante pasarán báscula a cuanta canción programen. La sociedad cristiana suelta carajazos en cada golpe de pecho, y semejante escándalo deja claro que las cosas marchan bien para la banda. De hecho, no pueden estar mejor.

A veces tus sueños son las pesadillas de los otros.

Wetton y Downes. **Causalidad y disonancia
en las correspondencias freudianas**

Está solo. Ensaya y toca frente al público lleno del espíritu de un oficinista. Piensa en la disciplina, por eso hace su trabajo unos metros atrás de Brizuela, que es quien debe lucirse. En los palenques, los borrachos le gritan que se mueva porque no deja ver al cantante. Cuando le toca ejecutar algún solo, el público no lo mira a él; mira a Brizuela que se está secando la cabeza. Alejandro Marcovich toca una guitarra sobre la que otros, no él, gobiernan. Sus compañeros piensan en dinero y a sus auditorios no les interesa la música. Como es de esperarse, las visitaciones del Diablo se multiplican y Alejandro tiene que tragarse solo cada uno de los conflictos que le recuerdan su extranjería en un medio que no conoció nunca, y que nunca va a conocer porque jamás, ni siquiera cuando llegó de Buenos Aires a Puebla, se había sentido tan extranjero.

Alejandro se pide auxilio a sí mismo. Soporta el destierro construyéndose una coraza que lo vuelva inmune a la enfermedad que le causa la ausencia de sueños. Este apuntalamiento emocional lo hace repetirse que está viviendo la realidad que quiso vivir y que tal cosa constituye no una capitulación sino una pura trasgresión de sí mismo. Esto significa, en sus palabras, forzarse a disfrutar algo que en momentos le produce náuseas.

El exilio quiere decir, también, cambiar de diversiones. No quiere ir más a Rockotitlán o antros similares para no tener que explicar una situación que nadie va a tratar de comprender. No quiere terminar mentándose la madre con los intolerantes que, de cualquier manera, no se interesan en su vida ni en sus problemas ni van a pagar su renta. A pesar de todo, una noche se mete al Hijo del Cuervo y allí, con la mediación diplomática de algunas cervezas, es sonsacado para hacer, dos días después en el Rock Stock, lo que objetivamente no quiere hacer: reventarse un palomazo con las Insólitas Imágenes de Aurora.

Alejandro: Luego del trueno de las Insólitas, yo me estaba enfrentando a mi situación profesional. Me decía: Soy músico, qué pasa si este grupo no pega, si el rock no pega, si yo me hartó del rock. Qué es ser músico. Si no la pegas qué haces, ¿pones una taquería? ¿Eres músico de un grupo de rock llamado Las Insólitas Imágenes de Aurora, o eres músico?

Diego: Te llevan como puta. Te llevan, te cogen y luego vete a tu casa. Les vale madres todo. La mayoría de los empresarios son así. Si no eres un ejecutivo, no eres un profesional y entonces a nadie le importas.

Alfonso: Cuando tronaron las Insólitas yo quise formar una banda pero nomás no pude encontrar con quién.

A partir de Guadalajara comienzan a ver claramente que su trabajo es ahora, ha sido antes y va a ser cada vez más el de abrir brechas. Nadie en México había llegado hasta acá, y acá es un lugar en el que otros establecieron una cierta forma de hacer las cosas. Pero estos gueyes no van a ir a pararse cuales niños mongoloides a cantar canciones de Navidad en Siempre en Domingo. No van a tomar un *director artístico* que les diga cuáles son las rolas que pegan. No son los nuevos héroes del rock en México, ni están para inmolarse en el martirio del rockero puro; no les interesa simbolizar nada, pero es seguro que de ningún modo van a obedecer a quienes, se dice, son los dueños del balón. No es por obedientes que han llegado a este punto, no es obedeciendo como habrán de sostenerse en él.

Los domingos en Chapultepec solían ser otros. Punks extraviados en los Pistols y niñas atoradas en el cierre de George Michael, farmacófilos y coprodependientes, rockeros y secretarias, universitarios y egresados de academias de mercadotecnia cruzan Reforma, salen del bosque, salen del metro. Es domingo y va llegando al Auditorio Nacional un personal canijamente heterogéneo. Lo recomendable, de acuerdo al sentido común de los que se encargan de crear famas, sería divertir a toda esta gente con ciertos cambios. *Cambios leves*, diría el ejecutivo, aclarando paciente que ninguno de ellos modifica el mensaje principal. Los ejecutivos siempre insisten en regar sus cagarros encima del trabajo de los demás y luego decir que eso no lo cambia en absoluto. Pero como estos gueyes no están en el escenario del Auditorio para tirarle ningún pinche mensaje a nadie, mucho menos para divertirlos con

lo que se supone que ellos quieren oír, el espectáculo es el mismo que el grupo se revienta en cualquier otro lugar donde el agente, que es quien arregla los contratos, los envíe: las fiestas de un pueblo, los humos de una noche subterránea en cualquier antro propicio, el choque de las copas en un club privado. La única diferencia es la relación con el personal, porque en los pueblos la banda todavía no sabe muy bien qué hacer, en el club privado le recuerdan sutilmente al culto público que la realidad está harto lejos de sus rolexoysterperpetualdate, y en los antros todo funciona como si el personal entero se hubiera pasado tres semanas ensayando.

Por eso las dos fechas en el Auditorio, donde se reúnen todas las formas de público que hasta la fecha han juntado, son una pequeña síntesis de lo que es y de lo que puede ser esta banda. Es la primera vez que el personal se mete al Auditorio a ver a un grupo del país como atracción central, no en calidad de la introducción que va a echar los hígados para ver si el público le concede siquiera el calificativo de *dignos*.

Esta tarde de domingo, al igual que la noche de ayer, constituyen las delicias de los iniciados y un excelente divertimento para los neófitos. Unos se entretienen mirando a los otros y a la hechizante hora en que el rocanrol supera con divinas estridencias toda su capacidad de frialdad y circunspección, el personal entero se deja ir hasta donde su fantasía se lo permite. Esta extraña forma de comunión, motivada por la todavía más extraña difusión de las rolas de Caifanes en los más diversos espacios, está lejos de limar las diferencias entre el público de un país donde los medios se han encargado durante los

últimos treinta años de ensalzar a la basura y preocuparse concienzudamente por su reproducción.

Curiosa consecuencia: ahora, cuando la basura ha sido industrializada a niveles exportables y el monopolio que la manufactura llegó a perfeccionar soberbiamente su maquinaria, un grupo como Caifanes se escucha entre decenas de baladas totalmente vomitables. Y es que el monopolio, obligado por su misma expansión, tuvo que perfeccionar sus fintas a través de producción y planeación. Los baladistas tenían que sonar modernos y las fintas se hicieron profesionales. No es raro, pues, que entre tanta farsa lleguen cuatro genuinos, aprovechen uno de los múltiples huecos en la estructura y le devuelvan a todos aquellos remedos la apariencia nauseabunda y el hedor que les pertenecen. Octavio Paz diría que *el pan vuelve a saber, el vino es vino*, y evidentemente ese es el primer mérito de la banda, pero el segundo logro, que también es importante, está en que estos tipos han hecho a mucha gente descubrir, en lo que bien puede llamarse la anagnórisis propia del rocanrol, que la mierda es la mierda. Y apesta.

Lo que Alfonso llama condición alcohólica, y que después de las Insólitas disminuirá considerablemente, le ha permitido proezas como la de agarrar un micrófono frente a todo el personal del Rockotitlán. Controlar las situaciones en las que, se supone, debía haber guacareado y gritado un chingo de estupideces.

Cuando Alfonso regresa a su casa, o más bien a una sección anexa de su casa, en calidad de ciudadano que paga renta, ya conoce muy bien el Infierno, y ha descubierto que se trata de un lugar de poca madre. El Infierno es un sitio donde el baño y sus suburbios son un puro hedor a meados y tú pasas con la vista nebulosa entre putos sórdidos y briagos sucios para devolvarte un minuto después, con el helado rastro de amoniaco en la nariz, a la calidez de una rockola donde suena Juan Gabriel. El Infierno es un sitio dónde tres borrachos se te acercan porque eres el baterista de Caifanes y tú, invadido de un exquisito desconcierto, te sumerges en un vaso de tequila para preguntarte si esos gueyes vienen pedirte un autógrafo o a romperte tu madre.

La tocada, a poco menos de dos años del trueno, está muy lejos de la perfección, pero la voz ya se ha corrido y el Rock Stock se atasca de monos decididos a presenciar la breve resurrección del grupo. Alejandro tiene que mantenerse firme en su palabra y, pese a que le exprime el hígado una idea cuyas consecuencias ya se imagina, se trepa al escenario a representar el papel que ya dejó de ser suyo. Piensa: Alfonso y Saúl vienen, tocan, se divierten y se regresan a su banda, pero yo no tengo nada.

El juego con la nostalgia le da en la madre a su difícil estabilidad. Porque esto, las Insólitas, es algo muy distinto a subirse a palomear con Los Amantes de Lola. Esto es el regreso a un pasado real en medio de un presente que, para soportarlo, es necesario ver como ficticio. Tú tienes un trabajo, no ganas mal, ¿cuántos no quisieran tener el trabajo que tú tienes?, le recuerda su padre en el teléfono. Pero después de todo, cuando su padre decidió que no se podía vivir bajo una puta dictadura militar se cambió de país. Alejandro se pregunta cuándo va a llegar el momento de cambiarse a una banda real.

Aunque, para ser un remedo barato, la situación de la banda de Brizuela podría ser peor. Por extraño que suene, Alejandro se vio obligado, desde su entrada, a depurar su sonido. No para estar a la altura de las canciones, más elementales que la regla del uno, sino para poder entenderse con los músicos, monos que son buenos conocedores de su instrumento y que, como él, desquitan lo que ganan. Los creadores de Laureano Brizuela se han preocupado por darle al espectáculo la exactitud y el profesionalismo requeridos para sostener lo que, saben bien, es una burdísima farsa.

Alejandro ya no es el de hace dos años. Los palomazos le enseñaron que nunca podrá regresar a lo de antes, que el eclecticismo que le negó toda posibilidad de militancia rockera o de idolatría por cualquier cosa lo ha llevado a tomar distancia frente a todo. Ser jazzero, ser rockero o ser el guitarrista de Brizuela son sólo accidentes. Por eso, en la eventualidad asalariada que constituye su vida profesional en un espectáculo de plástico, Alejandro se reta constantemente: Juegas al show- business o no juegas.

Mas para ser popular, en México y en cualquier otra parte, es necesario aceptar en derredor tuyo una cierta cantidad de mojones. Tu talento, tu originalidad y tu fuerza estarán en tu capacidad para saltar y bailar entre ellos sin embarrarte.

Si Caifanes se libran de salir untados por las cascadas fecales que caen a sus costados es porque, aferrados a la vitalísima lucidez del escepticismo, mantienen el olfato alerta y no creen que esas horrendas cacotas sean el paraíso terrenal del que los negociantes les hablan. Posiblemente están preparados contra todas las fintas, o a lo mejor es que los negociantes no saben fintar, pero el disco de platino y la constante presencia en la tele no cambian la jugada. O, más bien, la cambian en sentido inverso porque el grupo, que cada vez puede más hacer lo que se le antoje, se radicaliza.

Cada día trabajan menos en su peinado y Saúl se coloca un democrático paliacate en la cabeza, detalle visto entre la gente bien como propio de la brosa. El grupo se dirige al personal como raza. La greña les ha crecido a todos y su sonido se va volviendo progresivamente más ácido. No se han preguntado si las masas están educadas para tales extremos. No están ensayando una forma de vida; están enviciados con ella. A diferencia de las estrellas que se volvieron famosas en veinte minutos y que son incapaces de revelarse contra la probeta electrónica que hace las veces de su chingada madre, Caifanes tienen que ser absorbidos por la maquinaria porque, insólitas imágenes de Televisa, ella los necesita a ellos. El grupo rebasó las capacidades inventivas del monopolio y esto tiene sus prerrogativas.

Mientras, la disquera ha asumido que Caifanes son mejor negocio si se les deja en libertad. Los promotores de Ariola terminan por comprender lo que predicadores y siquiátras no aceptarían nunca: si el caos funciona bien y tú te metes a componerlo, tal vez seas tú el que necesite una compostura. Los medios tampoco lo aceptan, pero esa resistencia se convierte en involuntaria comparsa de una representación que ya no pueden parar. Seducidos y adversarios, cada uno a su modo, contribuyen a hacer de este rollo una burbujeante kermesse.

Un anónimo periodista publica que los integrantes de Caifanes fueron detenidos con un chingo de mota y ya están bien guardados por la Autoridad. Esta patraña es capaz de arruinar la reputación y la carrera de cualquier persona decente. Pero Caifanes, gracias adiós, no son decentes.

Un grupo de rock es, también, un juguete. Eso lo sabe y no lo duda Manolo Ortiz, publicista hinchado de billetes que se hace de un grupo de rockabilly al que llama The O's. No todos tienen, como él, la forma de una letra "O", pero es igual: uno se compra sus juguetes y les pone como quiere. Cuando el rockabilly se va volviendo rock, Ortiz se da a la labor de conseguirse otros músicos. Así, se conchava a Oscar Sarquiz y Sabo Romo.

La nueva agrupación toca, sobre todo, en la tierra de Walt Disney: fiestas de publicistas, gente que se pone pacheca de sólo escuchar un jingle rebotante de papas fritas o sueña intrépidas mercadotecnias con darle tres jalones a churro embarazado de tetrahidrocanabinol. Gente que lee, oye música y piensa, porque ya se dio cuenta que la cultura puede diluirse, licuarse y venderse. Sobre todo cuando el cliente es un fabricante a quien no le llega el agua al tinaco, y cuya estolidez no le permite imaginar ni el color de los ojos del gey que a media mañana se está agasajando con su esposa. Pero los de The O's quieren tocar en lugares de verdad, quieren grabar discos. Cuando, gracias a los conectes y la billetera de Ortiz, el grupo logra un impredecible contrato con WEA, su nombre cambia. De hoy en adelante habrán de llamarse Taxi.

Para Sabo, Taxi representa la posibilidad de volver a la simpleza y lograr un sonido cuya novedad habite en su frescura. Sabo disfruta escuchando a Huey Lewis and The News y disfruta tocando con el nuevo grupo. A veces tienen que ayudarse haciendo uno que otro jingle, pero por el momento esa es la

única manera de sacar cantidades de dinero que puedan ser mínimamente representativas a la hora de encarar a la cajera del súper.

Sabo ha alcanzado el oído absoluto. A fuerza de ensayar y de igualar en el bajo cuanto ruido escucha, tiene ya la capacidad para reproducir cualquier sonido. Está, sin saberlo, listo para tocar con quien se le pegue la gana. Así es como recibe la llamada de Guillermo Briseño y se integra, sin salirse de Taxi, a una nueva banda.

Con Briseño debuta en Toluca y a partir de ahí empieza a trabajar de tiempo completo. Se mete en discos, lo invitan a palomear. Cuando no toca en público está ensayando, y llega el día en que se revienta un concierto con Briseño y tres con Taxi. Piro lo quiere para Ritmo Peligroso, Ricardo Ochoa intenta meterlo en Kenny y los Eléctricos. Gerardo Bátiz lo clava en uno de sus proyectos. Sabo se ha vuelto un músico altamente cotizado y de ahora en adelante su problema ya no es conseguir tocadas sino tener que renunciar a ellas.

En sus tiempos más promiscuos Sabo, músico de grupos de rock y de grupos de jazz y de lo que venga, se agasaja sabiéndose feliz parte de cuatro grupos: Briseño y el Séptimo Aire, Taxi, Botellita de Jerez y Caifanes. Este último grupo, brumoso sueño y húmeda pesadilla, logra hacer realidad en Sabo Romo el anhelo secreto de todo libertino: la monogamia.

De mí les voy a dar lo mínimo, porque a ellos les vale madres cómo suene mi guitarra y no merecen que les dé más, concluyó un día Alejandro acerca del público de Brizuela, asumiendo finalmente el hecho de que su alma no está ni puede estar ahí.

Cuando el grupo de Brizuela disfruta la paz de un receso temporal, Alejandro se larga a tumbarse de encima el karma y permitirse de nuevo el lujo de disfrutar de la guitarra: se clava en dos cursos de guitarra de jazz, uno en San Francisco y el otro en Nueva York. Para eso, se insiste, sirve el dinero.

Cuando vuelve a México, de nuevo infectado por el hermoso virus del caos y después de haber pasado más de dos meses experimentando y aprendiendo con sonidos antes que nada decentes, Alejandro sabe que su tiempo con Brizuela está terminado y que, ahora sí, es el momento propicio para volver, con la conciencia que le han dado treinta meses de chinga, a ese dulce Infierno donde los demonios, no los licenciados, son los que mandan.

En pocos días vuelve al trabajo: una presentación de Brizuela en el Palacio de los Deportes. A la tercera canción se pregunta, revolucionado como está por la vuelta del virus, qué carajo está haciendo él allí arriba. Sin embargo, a pesar de los conflictos que siguen creciendo, Alejandro ya soporta prender el radio y escuchar la voz de Saúl y los batacazos de Alfonso. Por eso acepta, en una fiesta de Jorge Mondragón, palomear de nuevo como el guitarrista de las Insólitas, aunque ninguno de los tres recuerde una rola entera. Y por eso, también, va al Danzoo a ver a Caifanes.

Alejandro se pregunta: ¿Y yo por qué no estoy haciendo algo así? Tiene ya la fuerza para preguntárselo porque sabe ahora, en agosto del ochentainueve, que aunque no tiene nada sólido su escape del grupo de Brizuela es inminente. A ninguno de los dos le alcanza la imaginación para predecir la manera en que van a terminar los ochentas: uno en Caifanes y el otro en la cárcel.

Alejandro: Cuando entré con Brizuela me hice a una disciplina de sociabilidad forzada, como en una oficina. No era mi música, pero yo me exigía hacerlo bien. No era un grupo en el sentido de que somos este grupo y vamos al cine juntos. Estaba tocando con gente con la que la única relación era estar allí y ganar dinero. La guitarra se volvió una herramienta de trabajo, un escritorio.

Sabo: Estaba yo muy quitado de la pena y que me habla el ilustrísimo Briseño. A mí me dio miedo. Fue el shock, imagínate, pinche veinteañero baboso tocando con Briseño.

Alejandro: Yo fui educado en un ambiente donde el dinero sirve para hacer cosas que a uno le gustan. Muchos compañeros míos se automarginaban. Yo no pienso que uno pueda estar a estas alturas de la vida fingiendo ingenuidad.

Alfonso: ¿Mi vida? Qué te cuento... Mucho alcohol.

Pero el fracaso inicial no impide la continuación de la gira. El grupo de nueva canción Los Jumiles termina la gira en Europa y termina como grupo. Diego está de regreso en el aeropuerto de Frankfurt, con un boleto de vuelta y mil dólares en la bolsa. Tiene la alternativa de rolar por Alemania, o por cualquier otro lugar de Europa, o regresar a México y llevar lo que se dice una vida estable con una morra llamada Melissa que, paciente Penélope, lo espera en el D.F. Diego se decide por la tentación hogareña y se bota toda la lana en cuchillos y utensilios varios. Indispensables, piensa él, para formar algo parecido a un hogar. Regresa a México y Penélope no está. Cuando al fin vuelve de la playa, enrollada en una lenta indecisión, las cosas se van disolviendo y el hogar no se forma nunca. Con sus cubiertos en las manos, Diego no encuentra otra manera de calificar al incidente: Tremendo Pendejazo.

Poco tiempo después, el dueño de los cuchillos encuentra la manera de desquitar su precio. Contratado para musicalizar primero una película, luego otra, Diego se topa con el urgente trabajo alimenticio-musical. Los directores lo usan para crear los sonidos de cada momento de tensión. *Vengeance is Mine*, *Noche de Califas*, un desfile de huesos que lo obligan a depurar su manejo de los teclados, el nuevo instrumento. Paralelamente, aparecen el proyecto del grupo Son de Merengue, primero, y *Azul con Leche*, un nuevo álbum con Gerardo Bátiz, después. De paso, Diego se ha metido a tropiloquear como uno de los Rumberos de Jano Portillo. Con ellos toca una rola cubana medianamente popular titulada La Negra Tomasa.

Es en el *Azul con Leche*, delirio latino de tintes jazzosos, donde Diego conoce a un músico cuyo prestigio ha crecido rápido, y que en los últimos meses ha tenido trabajo de palomero en multitud de bandas. Se llama Sabo y le mete al bajo.

Apuntes para un cuadro conmovedor: terminado el concierto en el Danzoo, Saúl habla con un tipo que entre otras cosas es la guitarra más ponedora en el rock de México. Le dice que no le va mucho esto de ser cantante y guitarrista. El otro, que es Alejandro Marcovich y no quiere reconocer a la primera insinuación que su guitarra está como ninfómana en convento, le sugiere muy juiciosamente que se consiga un guitarrista.

Esquivar un tema es la mejor manera de subrayarlo, dijo Borges. No nos une el amor sino el espanto, será por eso que la quiero tanto, volvió a decir Borges. El placer es mi negocio, jadeó Xaviera Hollander. Es el absoluto instinto quien nos deja en el silencio, enmudeció Souxsie Sioux. ...Y le pido a Dios que no me faltes nunca, rezó Palito Ortega. Yo soy quien libre me vi, agonizó el infante Jorge Manrique. Portero de la locura, identifica mi destino, pesadilló Nico. Navegar es preciso, urgió Chico Buarque. Buscar y ser buscado a un mismo tiempo, exigió Yukio Mishima. Hasta ahora se han dado las condiciones que así lo requieren y justifican, bramó José López Portillo. Ojalá estuvieras aquí, nostalgó Roger Waters. Por ese palpitir, que tiene tu mirar... presintió Sandro de América. Sé que al ofrecirme esta copa estás ofreciéndome la muerte, Satanela, se entregó Tin-Tan a los cachondos embrujos de Tongolele.

Esta enfermedad es incurable, escribió en su cuaderno de canciones Saúl Hernández y esa noche le dijo al guitarrista: ¿Por qué no tú?

Donde tocan cuatro, tocan cinco. Así, todo el mundo parece estar de acuerdo. En los siguientes días, cualquiera que se asome a los ensayos en la casa de la familia André y sepa contar podrá advertir que no es un cuarteto quien está tocando. La habitación con trabajos tiene quince metros cuadrados, pero un poco de imaginación da promiscuo lugar al amplificador, la guitarra, los accesorios y la persona de Alejandro Marcovich.

*¿Quién necesita de profecías?
¿Quién sueña con las mentiras de las revistas porno?
Para conocer el futuro y los secretos del cuerpo
no hay nada como los rayos equis.
Mira tu rótula, tu fémur helado blanquísimo
en medio de un paisaje negro.
Desconfía de los novelistas eróticos y de los predicadores.
Mira las radiografías: ese es el cuerpo que deseas y acaricias,
ese es tu porvenir.*

Dr. Ernesto G. de la Serna. **Curso básico de
Anatomía, Fisiología e Higiene.**

El cuerpo tiene mejor memoria que el cerebro. Esto no puede ser más claro para un guey que con trabajos recuerda cuándo es hora de comer y que, cuando está en el escenario, tiene que batallar contra sí mismo para que no se le olvide algún fragmento de las letras que él escribió y que ha cantado trescientas veces.

En los delirios de pureza que habitan en las más intensas de sus rolas, el sueño más vivo y el más persistente es el de borrar al cuerpo. O someterlo a la vigilia y a la penitencia que conduzcan a su definitiva destrucción. Para Saúl, la parte del cuerpo más escandalosamente presente no es la piel, sino el

esqueleto. Es ahí donde puede sentirse el verdadero dolor y el verdadero frío. Son ellos, tus huesos, quienes al quedarse solos de tu piel delatan la verdad de tu muerte.

Dice Saúl que la muerte es una cosa que te ganas, que tienes que ganártela y para eso está la vida. Dice que la muerte es el lugar en el que no se puede ser hipócrita, el espacio sagrado donde vas finalmente a alcanzar el sueño que tuviste a los quince años mientras oías descagarse a Jim Morrison en el radio de pilas que aplastó un camión carguero. Dice que el único chance que tenemos en la vida es el de morirnos, porque la muerte, si acaso sabes entenderla, es un triunfo. Como el venado para los huicholes, la muerte es una cosa que se persigue y se gana. Seguramente muchos ejecutivos no han sabido encontrar en las rolas de Saúl una continuada sobredosis de romanticismo que no siempre es el de Rimbaud y Novalis sino, muy frecuentemente, el de Los Panchos y Los Tres Ases. La clase de romanticismo que, como el miedo y la pasión amorosa, nace de su desesperada voluntad de no existir. Saúl decidió un día que no podía vivir sin una cierta fe en la desesperanza.

El Piraña está trabajando sobre el brazo de Saúl. Arriba, lejos de allí, Diego mata tiempo, afina, vuelve a afinar, espera. ¿Cómo ves que estos cabrones prefieren tatuarse que ensayar?, se harta Alejandro. Cuando Alfonso sube, camiseta sin mangas, un esqueleto se asoma desmadroso en la parte alta de su brazo derecho. Sabo acepta esperar por su turno hasta pasado el ensayo. Un corazón rojísimo, todavía teñido de sangre, tiembla mientras el dueño de la piel toma la guitarra para darse una vez más al trabajo de abrirle espacios a la guitarra de Alejandro. Unos días después tendrán tocada: Cuernavaca, el debut de Alejandro, en un antro aséptico llamado Taizz.

El lugar no está lleno, la banda sale al escenario como cuarteto y la tocada empieza. Tres, cuatro rolas más tarde, Saúl hace la presentación de un cuate, Alejandro y el reventón sigue. No pasa nada en apariencia, pero varios aquí dentro saben de qué lado masca la iguana y por eso vinieron. Ellos están sumergiéndose en un sonido terriblemente ácido, esplendente, infectado por una súbita e irreductible estridencia. El personal más fiel ha venido porque sabe que dentro de una semana la banda habrá de largarse a grabar su segundo disco a Nueva York. Este, más uno en Monterrey, pueden ser los últimos conciertos de Caifanes en los ochentas.

Esta tocada en septiembre es una frontera entre dos épocas del rocanrol. A partir de esta acidez uno puede creer, fervores nacionales aparte, que existe en México una banda de rock totalmente ponedora, cinco buscavidas lo suficientemente bragados para colarse hasta esas jugosas virginidades de tu pobre cerebro.

Agitadores de luminosas demencias, dinamitadores del dique de las lágrimas, descorchadores de moribundos hímenes, aparecedores de pesadillas comatosas, cínicos gozadores en el Reino del Sacrificio, sobrevivientes de la Nada, vividores, Caifanes asisten un día tras otro a la consagración de un delirio. Es una banda, sólo una banda de verdad y no otra cosa, pero la Banda de Corazones Solitarios se ha pasado los últimos diez años oyendo crónicas y profesías de momentos idénticos a éste. Diez años, más la herencia de un cuarto de siglo de basura, frustraciones y apañón. Treintaicinco años desde que los precursores de esta estirpe dijeron por primera vez no. Claro que todo puede acabarse ahora pero es precisamente ese sentimiento de lo efímero, esa capacidad que tienen las cosas de terminarse, lo que ha hecho ricas a muchas putas y pobres a sus clientes. Lo que le da esa irrepetible, angustiosa y divina intensidad a la palabra instantánea. Lo que lo lleva a uno a repetir la dosis y a inconformarse a patadas contra Dios porque el Cielo no es suficiente.

Saúl: Una vez trabajé de vendedor. Si vendía cinco artículos era jefe de grupo; si vendía más, gerente; y si vendía más era el dueño del mundo.

Alejandro: En mis crisis decía: Carajo, el negocio de la música es una mierda, yo no quiero eso, no estoy preparado, me van a hacer cagada. Ya no quiero luchar porque me conozca la gente, yo quiero ser anónimo.

Sabo: Los tatuajes son como los agujeros de los aretes, te haces uno y ya no paras.

Para la tocada en Monterrey, Alejandro ya se ha integrado a todas las rolas y puede aparecer desde el principio. Es de noche, hay mucho personal y la banda suena rompemadres. Alejandro se está descosiendo sobre el escenario, su guitarra es una bellísima piruja epiléptica que tiembla, grita, ruega por un rasguño más. Alfonso reparte inmisericordes, incalculados madrazos sobre los platillos que hacen suyo el temblor agónico de una luna morfinómana. La raza baila, Sabo baila, Diego derrite una a una las más íntimas glándulas del sax y Saúl abre los brazos en cruz, se cuelga del aire. Aúlla, maúlla, bala: ... y clávame en tu cabecera.

Saúl: La pureza y la muerte son muy parecidas. La muerte es un momento de limpia, de honestidad, y en ella tú ya no puedes ser falso. Los animales son muy puros, no están maleados ni son mentirosos. Tampoco hipócritas. Si te van a morder te arrancan el brazo y ya, como van.

Sabo: La mota me duerme y rara vez me gusta el alcohol. Todavía puedo contar cada una de las veces que me he puesto hasta la madre. Una de ellas me la pasé ahogado en una pulquería cantando rolas del Pirulí y amanecí en una banca. Pesaba noventa y tres kilos.

Alejandro: Nunca debes creértela tanto, porque la gente va a verte y se distrae unos momentos pero luego se van con sus amigos, que les importan más que tú.

Sombras en tiempos perdidos, piensan que se puede llamar el nuevo disco que se pasaron más de cinco semanas grabando en Nueva York, otra vez con Oscar López. Saúl ha traído nuevo equipo y Alfonso ha rastreado una tras otra las ediciones descontinuadas de Bowie.

No tienen trabajo. Productores y disquera los han convencido de cancelar todas sus tocaditas de diciembre y los meses siguientes, hasta que el disco aparezca. La idea es montar conciertos de verdad, tocaditas donde la improvisación aparezca tal vez en los sonidos, pero en ninguna otra parte.

Antes de que piensen en opciones transitorias para mantenerse ocupados, Televisa los llama de nuevo para un segundo programa junto a Verónica Castro y el Tri. La gente que produce el programa no se pregunta si Caifanes tiene algo que hacer al lado de los repetidamente planos, descontinuados y ahuevantes latrocinios sonoros del grupo de Alejandro Lora. Los monos de Caifanes tampoco se hacen demasiadas preguntas y responden con monosílabos a las de la animadora. El público no se divierte.

Cuando el Tri aparece en los sillones, el programa vuelve a su cotidianidad vaciladora. Alejandro Lora no habla de cosas inconvenientes, todos dicen chistes y miren jóvenes qué sano, qué chistoso es el rocanrol. En medio de tales monerías, el silencio de Caifanes se empeña en no ser más que silencio, sin mayores significados ni ocultos heroísmos. Lora habla muchas anacrónicas maravillas de Miguel Ríos y demás contemporáneos suyos. La pobreza musical de estos auténticos lumpen-melódicos sólo se equipara a la

voluntaria incapacidad de la otra banda para entretener a los televidentes. Quienes conocen bien a Caifanes y están viendo el programa por saber una palabra más sobre el rocanrol, están desvelándose a lo baboso.

Diego: ¿Qué me gusta? Divertirme, pasármela bien.

Alejandro: Me sigue gustando el rock, pero siento que la fantasía se murió. No estoy haciendo nada importante ni diferente. Toco rock, como podría estar tocando mambo o música folklórica. No creo en los conciertos de masas. La gente está muy embrutecida por el rock. Les haría mejor escuchar también otras cosas. No te paras en un escenario para decir La Neta de La Vida.

Alfonso: Mi lugar, donde estoy protegido, es detrás de la batería, porque la batería es una fortaleza. Estar parado ahí enfrente no lo soporto, es horrible.

Junta tu monstruo dolido con el mío, dice una de las rolas. Otra, de genuina ascendencia ranchera, se ríe de asuntos tan trascendentes como el de que éste es un grupo de culto y en la iglesia no se ponen discos de Vicente Fernández.

No respetar sepulcros ni leyendas, cometer sacrilegios contra los propios altares, derribar imágenes y cagarse en la sopa de los ortodoxos son las labores más urgentes del rock en México. Que Caifanes hagan lo propio a través de una herejía sonora promiscua e impúdica es, entre otras cosas, un signo de su inminente supervivencia y un ejemplo de cómo el pasado sólo habrá de ser digno si uno puede más tarde burlarse de él. Los cinco rockeros, estúpida etiqueta, se metieron a la cumbiamba, se hicieron banda rural y se subieron al escenario a detonar algunos excesos eléctricos, desafiando a las mentes disciplinadas cuyas sensibilidades impermeables son incapaces de imaginar los deliciosos delirios de un apóstata. Es por ello que no queda sino un camino: el de la trasgresión. Sólo ella, con la cadena de consecuentes excomuniones que la acompañan, es capaz de dar vida a esas dos putas amadas y conocidas con los nombres de Estridencia y Escándalo, divinas musas del rocanrol.

Diego: Nosotros no tenemos público, no tenemos que agradecerle nada, no tiene nada qué agradecemos. Simplemente pienso: qué chingón que estén ellos y que esté yo.

Alejandro: En otras partes, los que tocan mal se quedan en su casa. El rock mexicano no sirve porque la mayoría de los chavos que lo tocan pueden crear conceptos pero no saben tocar. Hay una realidad que los grupos de aquí no han querido entender, y es que hay que estudiar.

Sabo: Musicalmente, lo que más me mueve es Joe Jackson, XTC y Steely Dan. Sí, a Bowie seguramente le pediría un autógrafo, pero si me encuentro a Andy Partridge le beso los pies.

Alfonso: Yo quería ser como Billy Cobham antes de empezar a tocar como profesional, pero ya ves.

Saúl: Caifanes fue dejarlo todo y lanzarnos con lo que teníamos a la nada.

La ociosidad es también madre de varias resurrecciones, y la lejanía de los escenarios trae de vuelta a una leyenda perdida en el otoño del ochentaiséis. En el cuarto de cinco por cuatro donde por las tardes suceden los ensayos de Caifanes, Alejandro Marcovich, Federico Fong, Saúl Hernández y Alfonso André ensayan empecinados las rolas que habrán de resucitar, por algún tiempo cuyas fronteras no pueden ser más inciertas, a las Insólitas Imágenes de Aurora.

La banda conocida como Caifanes se dispersa por la ciudad palomeando, inventando diversas formas de ocio, vagando por los sueños de los que la televisión no ha logrado despojarlos. Entrándole a todo, deseosos de ayuntarse con cuanto ritmo les cierre el ojo, como toda banda que se precie de ser neta.

Una banda que no tiene que pintar paisajes preñados de nopales ni cubrir sus rolas de sarapes veteados para decir de dónde vienen.

Vienen de la Chingada, eso está clarísimo. Embarcados como están en la quimera de subir al cielo a descifrar los secretos de los ángeles, más de una vez han terminado pagando el precio de dialogar con sus propios demonios, que a Dios gracias no son pequeños.

Los ángeles. Las palabras no saben nunca nada de los ángeles. Algunos perdedores reclaman un espacio para la ternura. Se meten una cerveza, un

tequila. Del otro lado de la calle o del mundo está sonando una improbable rocola: En la habitación de tu mente no hay paredes, no hay ventanas.

Lejos, en ese pedazo intocado del alma sólo posible en los cerebros de los ángeles, estalla el sonido de un cristal que se hace pedazos.

*México, enero del noventa. **

*** Nota del autor a la presente edición (junio, 2000).** Este libro fue escrito en mitad de un idilio con la vida. Las circunstancias que lo motivaron, varias de ellas por fuerza volátiles y efímeras, han desaparecido por completo. Pero ninguna historia es como la cuentan. Ni antes ni después. Durante la presentación del libro, uno de los participantes, Víctor Díaz Arciniega, dijo, para indignación de la mayoría presente, que el libro igual podría referir la historia de un grupo de rockeros que de uno conformado por carpinteros, eso no importaba. Hoy, cuando dedico cada uno de mis días a la pura escritura de ficción, confirmo que Díaz Arciniega estaba por fortuna en lo cierto. Pues pasa que esta historia, como cualquiera otra, vale menos por la realidad que cuenta que por aquella que inventa. Si algo queda de ella, no hay que dudarlo: se trata de una pura falsedad. Una exageración. Una oración elevada sólo en el santo nombre de la ficción. Amén.